

LAS RAICES ESTETICAS DE SEVILLA (*)

POR JOSÉ MARÍA JAVIERRE

I. APROXIMACION A SEVILLA

Lo cuenta Chateaubriand¹. Ocurrió en el mes de junio de 1823. La ocasión no era demasiado honrosa para nosotros los indígenas, ni tampoco heroica para ellos los invasores. Sesenta y cinco mil soldados franceses, mal llamados hijos de San Luis, acosaban por las esquinas de España a los destartalados batallones liberales. Por imperativo de la Santa Alianza intervenían bajo el mando del duque de Angulema para restablecer la triste soberanía de Fernando VII. Recuerdos de algunas páginas oscuras de nuestra historia. Pero describe Chateaubriand, con la romántica exaltación de su pluma brillante, un momento poético en la zarabanda militar de aquel verano. Los batallones del general Bourdessoulle se descuelgan desde la meseta hacia Sevilla para sitiar en Cádiz a la Junta que tiene capturado al rey en las mallas constitucionales. Imagino que los mozos galos sufrieron fuertemente el polvo veraniego de la Mancha y sudaron recio al trepar los riscos de Sierra Morena. Vencida la raya de Despeñaperros cayeron por las Navas y Bailén sobre Andújar... En las colinas de Marmolejo se les abrió el panorama de la cuenca del Guadalquivir, infinita llanura verdeazul refulgente con los oros

(*) Discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, pronunciado el 12 de enero de 1975.

1. Recogió la anécdota J. ORTEGA Y GASSET, *Obras Completas*, VI, Madrid, 1955, p. 117.

de un sol glorioso, triunfal, sin fronteras. Los chicos del general Bourdessoulle contemplaron atónitos; hasta que un toque de clarín rompió el hechizo: «¡Presenten, armas!»; y los batallones franceses rindieron homenaje a las tierras andaluzas presentando armas de cara al sur, río abajo, hacia el mar...

Traigo a la memoria este episodio, señores académicos, porque hace quince años, yo también toqué señal de honor, entre los tabiques de mi alma, cuando por primera vez encaré los panoramas externos e íntimos de Sevilla, entonces para mí un descubrimiento increíble: Llegué a vuestra tierra, que ya es mi tierra, como un bajel fatigado por largas singladuras.

* * *

Nací al pie del Pirineo. Los labriegos de mi tierra tienen, bajo la pana recia, caliente el corazón. Según los geólogos, a principios del Cuaternario, cuando ya las convulsiones orogénicas habían asentado el esqueleto de la Península, el Pirineo se vio cubierto por una espesa y uniforme capa de hielo con glaciares que descendían por los valles actuales en lenguas heladas de cincuenta kilómetros. Con tanto frío fuera, el calor se nos refugia dentro. Dentro. Entre pecho y espalda el calor puede salvar la vida. Por eso mis gentes, arrugadas por fuera de tanto viento helado, tienen amorosa la sangre.

Eché de joven a navegar por el mundo. En los viajes me ganó la manía pacífica de coleccionar piedras de los picachos altos, sellos con dibujos de pájaros, y fuentes de ríos. Las fuentes en que nacen los ríos no me las puedo traer a casa, lógicamente. Me traigo sellos y pedruscos. He juntado piedras de cada una de las altas cumbres del planeta: Cuarzo del Everest, grafito del Aconcagua, caolín del Kamet, galena, ópalo y berilo que si no recuerdo mal pertenecen al Chimborazo, al Yerupaja y al Mulhacén. Hay un pedrusco poroso de mi amado Teide y un guijarro de las orillas del Tiberíades, sólo por recuerdo del sitio donde Jesús le dijo a San Pedro que sería él como una roca de cimiento para su Iglesia. Las fuentes de río las alcanzo a veces con notable esfuerzo y no pocos riesgos: Me arrojo, bebo, me lavo los ojos. Paraos un instante a

pensar las toneladas de aventura que le caben a un río desde la fuente hasta el mar. Una vez decidí que me apasionaría coleccionar fuentes bautismales. No cualesquiera, por supuesto, sólo aquellas cuyo seno sé que dio a luz una vida santa. He renunciado a la colección. Porque guardarlas en foto me causa melancolía. Traérmelas a casa no podría aunque me las regalaran, pues las hay que pesan tonelada y pico...

Os cuento estas minúsculas chifladuras con pretexto de mi llegada a Sevilla. Porque también colecciono ciudades, los poblados humanos donde alguna vez me apeteció cobijarme definitivamente. Fuera de las supremas palabras que decimos al nombrar París y Roma —París, la máxima creación urbana conseguida por los hombres al trazar calles, plazas y jardines; París, la ciudad a la cual dedicó don Eugenio d'Ors una preciosa tarjeta de visita cuando tuvo que irse, «Eugenio d'Ors, ausente de París»; y Roma, nuestra patria universal, que según la conseja castellana habrán de visitar obligatoriamente los muertos que en vida no la visitaron—, mi letanía incluye Munich en Centroeuropa, Salamanca en España, Taxco en México, y el Pao a orillas del Caroní en la Guayana venezolana. Pero vine a Sevilla, presenté armas deslumbrado, y me perdí golosamente por los vericuetos de vuestra topografía. Escribí mis impresiones en carta a los amigos de Europa, carta que os leo a modo de introducción a este discurso que investiga las raíces estéticas de Sevilla:

«Amigos, yo sé que todo para mí va a ser distinto. A partir de ahora cuando salga de viaje, da lo mismo que comience por Atenas o por Copenhague, aterrizaré en Sevilla. Contemplo un mágico escenario, me interesan las aventuras biográficas que aquí se cumplen. He agarrado algunas manos asido a las cuales recorro este laberinto en que tan fácil resulta extraviarse. Andalucía desconcierta a los viajeros que luego marchan a sus tierras diciendo cuatro sandeces. He visto una catedral, varios jardines, una torre... La catedral de Sevilla no está apartada del núcleo urbano como si fuera un monumento histórico; ocupa el cogollo del plano municipal, indicando la presencia eficaz del estamento clerical en la existencia ciudadana.

La de Sevilla —que a Teófilo Gautier le pareció grande

como una montaña socavada, un valle vuelto boca abajo— se me antoja una catedral africana: No lanza al cielo, como las iglesias nórdicas, agujas de piedra en busca de la luz; está aplastada, adormecida bajo el sol, es un amplio campamento que hace sombra, una tienda de campaña, un patio forrado de sillería. Por cumplir con la costumbre le pusieron al lado una torre, labrada por arquitectos almohades y con corona renacentista: Lleva nombre universal, la Giralda,

torre sin mella,
palma de arquitectura sin semilla
(G. Diego)

Conviene anotar que la impresión de campamento horizontal desaparece cuando se penetra en la catedral, pues sus proporciones gigantescas —«Nuestra Señora de París podría muy bien pasearse, alta la frente, bajo las bóvedas de su nave mayor»— levantan generosamente la techumbre.

Es verdad que a los jardines sevillanos no les va bien la imitación artificiosa de la naturaleza al estilo inglés, ni la poda geométrica de gusto francés, sino la gracia sencilla acoplada espontáneamente a la naturaleza. Los arquitectos cuentan en Sevilla con una alianza impagable: Las palmeras, capaces de redimir cualquier herejía. Basta preguntarse en la plaza que llaman Puerta de Jerez cómo es posible que la belleza del conjunto no haya sido ahogada miseramente por un par de bloques hoteleros. Han conseguido el milagro las palmeras. En Sevilla más que en otro sitio, la medida justa del edificio es el árbol. Los árboles humanizan la habitación, la arropan, la sujetan y calientan. Palmera, naranjos, limoneros. No construyáis nunca una casa más alta que el más alto de los árboles del paisaje. Habría que desmochar las construcciones que suben por encima de las copas, deberíamos arrasarnos con dalla justiciera. La operación redimiría el paisaje urbano. Sólo las torres y las chimeneas de fábricas están autorizadas a alzar sobre el techo verde su cuello gentil de chopo sagrado o ennegrecido. Los árboles y la cal pueden dar tono a un barrio moderno y desafortunado como Los Remedios de Se-

villa, y hermanarlo con la ciudad antigua, aunque las nubes blancas que inexpertas viajan en primavera dejarán algún girón al tocar las antenas: También las hiere el Giraldillo, y no les importa. Lo que no alcanza perdón es el pecado de rascacielos como ese feo, ridículo, matón...; qué a gusto lo desmantelaría yo con un cañoncito viejo del museo naval desde una aspillera de la Torre del Oro.

La Torre del Oro, si fuera rico, quisiera comprarla. Está plantada junto al río, como una pieza de ajedrez en guardia secular. Parece avergonzada, desde que los sevillanos han cegado el río. Desviaron el Guadalquivir como quien aleja del cinturón de la ciudad una autopista peligrosa. Qué tristeza de río convertido en balsa, el río que ceñía a Sevilla por el talle.

El misterio supremo de Sevilla es la luz, violenta, clara, limpia, preñada de los colores que lleva dentro y pueden desparramarse a cualquier choque. Mi familia vive a orillas del río, a mitad de camino entre el puente de San Telmo y el puente de Triana, en la zona donde Bonifaz lanzó sus barcos a romper con la testuz las pasarelas de intendencia del rey moro. La balconada de mi casa da frente a las suaves lomas del Aljarafe, colinas de tierra fecunda que tienen el pacífico encanto de los alrededores de Florencia y la religiosidad de pequeños calvarios, cubiertos de ese árbol triste y santo que es el olivo. Por las mañanas cuando va a salir el sol, el horizonte de Sevilla le prepara una concha de nácar con los reflejos estriados de nubes pálidas. A la tarde, el sol cae por el Aljarafe: Los olivares se incendian, de las palmeras cuelgan globos luminosos como si fueran árbol de Noel; de repente el disco se hunde tras las colinas y todo se apaga por obra de miles de bomberos eficientes que hubieran desplomado sus mangas de agua contra el paisaje. La tierra queda cansada, verde oscuro los olivos, un toque de aire carbonizado en los tejados. Se murieron las palmeras. Los barquitos del río sueltan un lamento. El alma de Sevilla es la luz:

Siento esta noche en mi frente
un cielo todo de estrellas.

(Juan Ramón)

Regresaré a vosotros cargado de papeles y melancolía...»²

Efectivamente, aquella melancolía sevillana no había de curarse. Me alejé de Sevilla húmedos los ojos y vencido el corazón, repitiéndome la despedida de Lope de Vega al Guadalquivir:

...hasta que a verme en tus riberas vuelva
de quien tan tiernamente me desvío.

Estamos así en el umbral de nuestra indagación sobre las raíces estéticas de Sevilla: ¿Por qué ata esta ciudad? ¿Por qué encanta, por qué sugestiona? ¿Cuál es el secreto de su belleza?

* * *

Fui un visitante afortunado, los azares de la existencia me consintieron volver, y aposentarme aquí. Azorín ya viejo se puso a contemplar baldosa a baldosa el paisaje de España, y encabezó con este párrafo la erudita contemplación sobre Sevilla: «Después de haber recorrido toda España, de haber observado sus paisajes, sus ciudades, sus hombres, ¿dónde quisiéramos vivir definitivamente? ¿En Castilla, en Levante, en Vasconia, en Cataluña, en Galicia la milenaria? Ahora sentimos una profunda simpatía por Sevilla; ahora y siempre...»³. Tirso de Molina expresó esta apetencia de morar aquí en un verso sabroso:

Nápoles tan excelente
por Sevilla, solamente,
se puede, amigos, dejar.

¿Por qué ata esta ciudad, cuál es su secreto?

Me tocó volver no para disfrutar las golosinas de sus encantos, sino para ocupar un puesto de combate en la guerrilla periodística de Sevilla precisamente en estos años de incertidumbre. No fueron para mí tiempos fáciles, pero me procuraron una cosecha inapreciable: Como escritor y como sacer-

2. Publiqué parte del texto de esta carta en *Don Marcelo de Sevilla*, Barcelona, 1963, cap. 1.

3. AZORÍN, *El paisaje de España visto por los españoles*, Madrid, 1964, p. 84.

dote conecté con el pueblo sevillano, con sus masas de trabajadores silenciosos, sufridos, expectantes, ansiosos por hallar una vivienda y conseguir un jornal estable. Los dolores de la Sevilla que sufre me incitaron a reflexionar sobre el peligroso narcisismo de una ciudad inconsciente. De una parte descubrí lazos profundos entre la belleza de Sevilla y sus posibles cauces de desarrollo social. De otra, el interrogante que sirve de base a nuestra indagación actual se completó con una pregunta nueva, incitante.

¿Cuáles son las raíces estéticas de Sevilla, me había planteado inicialmente; cuál el núcleo esencial de su belleza, la herencia recibida, el secreto de su hermosura?

Ahora me surgió un segundo plano en la inquisición, una pregunta ulterior. En el desarrollo ciudadano de Sevilla, en su estirón económico y social de los años inminentes, ¿podrá salvar ese núcleo de belleza, esas notas que contienen el secreto perfume de su hermosura? En otras palabras: Sevilla ha sido una entidad específica; ¿continuará siéndolo? ¿Podremos conservar su fisonomía, su perfil definitorio? Amada, suspirada, soñada Sevilla ¿se acaba? ¿Va a perder su esencia convertida en una ciudad más, en un poblado como tantos? ¿Hay algún programa para salvar Sevilla?

* * *

La pregunta no está fuera de lugar entre los muros de esta Academia. Me llamasteis a ocupar un puesto con vosotros cuando me hallaba en plena tormenta de mis tareas periodísticas. Debo daros las gracias con especial fervor, ya que no ignoro debisteis superar para ello íntimas oposiciones. Vuelvo la mirada atrás y compruebo que faltan ya en los escaños de la Academia tres personas cuya ausencia corrobora la gravedad de esta indagación sobre los horizontes futuros de Sevilla: Murió el padre Bandarán, archivo de las tradiciones religiosas; murió don Santiago Montoto, espía infatigable de la historia local; yace enferma la voz poética de Laffón, sevillano del Buen Recuerdo. Si a los periodistas nos toca vigilar lo que ocurre, debo traeros la pregunta de la calle: ¿Está en tran-

ce de liquidación cierto estilo de Sevilla? ¿Habrà quien recoja una herencia ciudadana que a ojos vistas se agota sin importar demasiado a las nuevas generaciones? ¿Se muere Sevilla? ¿Qué Sevilla, qué es Sevilla?

Sucedo en el sitial académico a don Francisco de la Hoz y Cavielles, sacerdote salesiano. Venido a Sevilla desde la Montaña de Santander, cumplió en estas tierras sus estudios de sacerdote, maestro, Filosofía y Letras. De 1936 a 1971, año en que un accidente trágico acabó con su vida, el padre Lahoz desarrolló en Ronda, Córdoba y Sevilla una intensa actividad pedagógica, culminada en la fundación de la Residencia Universitaria Salesiana, de la que nació el actual Colegio Mayor San Juan Bosco. Fue un escritor agudo, fino, dotado de ingenua claridad y devotamente religioso. Entre sus publicaciones ocupa lugar destacado el discurso que en 1947 pronunció al ingresar en esta Academia: Lo dedicó a las relaciones del cardenal Spínola con los salesianos⁴, y en él exployó a gusto el padre Lahoz sus galas literarias.

Cuando los salesianos pusieron pie en España, don Marcelo Spínola fue para ellos báculo y aliento. Don Bosco representa una pieza clave en la renovación apostólica de nuestro tiempo. Por dos razones: El contacto inmediato con las fuerzas laborales; y la renovación, podríamos decir afortunadamente revolución, en los métodos. ¿Quiénes fueron los sacerdotes españoles que «comprendieron» y conectaron con el campeón del apostolado popular contemporáneo? Desde luego, entre los primeros, un joven obispo andaluz llamado Marcelo Spínola.

Por orden personal de Don Bosco llegó a Sevilla en febrero de 1881 la avanzadilla de salesianos capitaneada por un clérigo aún mozo pero ya bregado en empresas audaces, Juan Cagliero, más tarde cardenal. Iban a ocupar en Utrera la primera posición de la obra en España. La patrocinaba el marqués de Casa Ulloa. El arzobispo Lluç ponía a disposición de los salesianos la iglesia del Carmen, antiguamente regentada por los carme-

4. FRANCISCO DE LA HOZ, *Un gran cardenal hispalense con la familia salesiana*, Sevilla, 1947.

litas en Utrera. Don Marcelo trató a los salesianos y desde el primer momento se sintió arrebatado por la sencillez y por el fervor de los impetuosos hijos de Don Bosco. Los salesianos reconocieron en don Marcelo uno de los suyos, hombre con preocupaciones idénticas, ya experimentado desde sus años de párroco en el sistema «misional» que ellos practicaban. Le confesaron sus penas, sus dificultades, le hicieron partícipe de sus gozos. El presidió la primera fiesta de San Francisco de Sales, celebrada por los salesianos en Utrera el año 1882: Fue día sonado, pues Casa Ulloa trajo de predicador a Manteola. A partir de entonces el nombre de Spínola ocupa lugar de honor en las crónicas de los colegios salesianos andaluces.

Don Francisco de la Hoz dedicó su discurso académico a relatar los favores que del cardenal Spínola recibió la congregación salesiana. Conocí al padre Lahoz en los últimos años de su vida: Flojito de cuerpo y tenso de espíritu, acudía con puntualidad a entregar en el periódico sus trabajos literarios, empapados siempre de fervor religioso. A mí, que estoy vinculado con fuertes lazos a la familia salesiana, me proporciona íntimo gozo ocupar en la Academia el hueco dejado por tan ejemplar sacerdote.

II. TEORIAS SOBRE LA ESENCIA ESTETICA DE SEVILLA

Sevilla, Sevilla desde una perspectiva estética ¿qué es?

Al construir la casa donde cobijarse, el hombre hace habitable un espacio y le confiere características determinadas. Entre la parcela escogida para asentar allí la familia, y el hombre que escoge esa parcela, se crean relaciones, provenientes en parte del hombre y en parte de la tierra: «En todo paisaje hallamos preformado un estilo peculiar de vida, que habría de ser como la perfección cósmica de aquel trozo planetario... Viceversa, conduce todo hombre en su dintorno la vaga iniciación de un paisaje donde su vida alcanzaría la plenitud... Late, pues, en cada localidad un posible destino humano, que parece en todo instante pugnar por realizarse y actúa como un imperativo atmosférico sobre la raza que lo habita. A su vez, cada forma típica de vida humana proyecta ante sí el complemento de un paisaje afín»⁵. Ortega y Gasset lleva estos supuestos hasta el extremo pintoresco de afirmar que la interacción del binomio tierra-hombre consigue que «los reptiles, los gatos y los ciervos en China tengan los ojos oblicuos como los mandarines»⁶. Don José exagera, porque China entonces quedaba demasiado lejos y vaya usted a medir la inclinación de ojos de los gatos de Shanghai. Pero es cierto que la vivienda cumple dos funciones esenciales: La primera, disponer de una habitación que defienda al hombre de las inclemencias de la naturaleza, proporcionándole un espacio habitable;

5. J. ORTEGA Y GASSET, o. c. Tomo c, p. 129.

6. J. ORTEGA Y GASSET, ib.

la segunda, disponer de un terreno que alrededor de su vivienda le permita gozar las bellezas de la naturaleza misma. El aumento de población asentada en cualquier fragmento del planeta determina que el hombre busque utilizar en exclusiva un hogar familiar; y utilizar comunitariamente con los grupos familiares cercanos el paisaje donde asienta ese hogar.

Por ello al indagar sobre la esencia de «Sevilla ciudad» debemos atender los dos aspectos, físico y humano: De una parte el paisaje que acoge y envuelve a la población sevillana; de otra el núcleo de personas que pueblan ese paisaje. No vale por tanto recurrir al lamento poético de Antonio Machado, sevillano ilustre, cuando resentido de alguna fechoría de sus paisanos canta las bellezas de la ciudad con esta canción preciosamente venenosa:

¡Oh maravilla,
Sevilla sin sevillanos,
la gran Sevilla!
...Sevilla y su verde orilla,
sin toreros ni gitanos,
Sevilla sin sevillanos,
¡Oh maravilla!⁷

* * *

Necesitamos acotar de algún modo el concepto «Sevilla ciudad» para enfrentarle las teorías que intentan desvelar sus contenidos estéticos. Creo razonable que renunciemos a la fisonomía de la Sevilla lejanísima de la época musulmana o de la Sevilla del Imperio, y nos atengamos a los años conocidos como «fin de siglo» en el paso del XIX al XX. Viena, Munich, Berlín, París, Madrid, las grandes capitales europeas, viven por entonces una época característica que las define literariamente y que hasta hoy no ha sido sustituida. Los acontecimientos posteriores pesan sobre esos recuerdos como sombras tormentosas. Cuando un viajero quiere hoy conectar con

7. ANTONIO MACHADO, *Poesías Completas*, 14.ª ed. Madrid, 1973, p. 291.

el espíritu definitivo de esas ciudades, ha de ponerse a rebuscar entre las estampas viejas y los ángulos restaurados el perfil que ofrecían en el final de siglo. Incluso Nueva York y Roma, que atravesaron por entonces períodos de transformación importante, dan en la fisonomía de aquellas fechas un perfil cargado de sugerencias. Al evocar esos tiempos, quienes alcanzaron a vivirlos suspiran con nostalgia, y nos describen cuadros de literatura feliz. Fue época especialmente apta para la literatura feliz.

Por los años de fin de siglo XIX Triana mantiene alto su prestigio en la marinería mundial:

«...saltan de las embarcaciones hombres que nacieron entre las brumas del Támesis unos, sobre los hielos de Groenlandia otros... curtidos por los vientos del mar, oliendo a brea y con más barba que un «zamarro» discurren por la velada, requiebran a las mozas, empinan el codo...

Corriendo los años volverán a sus hogares...

—He recorrido —dirá un lobo marino con más años que Matusalén— las cinco partes del mundo y he luchado a brazo partido con las olas y los vientos. Siempre me dormí de un ojo y me acosté de un pie. Cuento por días las angustias y por un instante las privaciones. Pero todo lo doy por bien empleado: fríos, vientos, naufragios, hambre y sed; todo, porque pasé una noche en la gloria.

—¿En la gloria, abuelo?

—Sí, hijo mío, la gloria es un país que está en el cielo; se llama Triana, y tiene sus ángeles, las trianeras»⁸

Hacia mitad del siglo XIX, Sevilla ha perdido mucho del esplendor comercial que le dieran las colonias de ultramar, pero siente el frenesí del progreso y trata de ajustar el paso a los nuevos tiempos: Sevilla no quiere agotarse en el tipismo. Por todo el perímetro de la ciudad circula un afán renovador, incitante: calles que prolongan su trazado, plazas que se amplían, un nuevo puente empalmará el barrio de Triana. Cinco años atrás el poder central expidió la real orden que concede

8. LUIS MONTOTO, *En aquel tiempo*, Sevilla, 1929, p. 74.

a Sevilla permiso para celebrar cada mes de abril una feria: En pocas ediciones se ha hecho famosa por su trajín y su alegría, al mismo tiempo ha dado un fuerte impulso a la actividad ganadera y agrícola de toda la región. En mayo de 1848 ocurrió un episodio inesperado que cambió el aspecto de la ciudad y le da aires de corte, ¡lo que faltaba a Sevilla! Al huir a Inglaterra la familia Orleáns, destronada en París por la revolución de febrero, el duque de Montpensier, hijo del rey francés y casado con la infanta española María Luisa Fernanda, hermana de la reina Isabel II, decidió venir a establecerse en España. El gobierno le señala por residencia la ciudad de Sevilla y fueron instalados en el palacio arzobispal mientras apresuradamente se les disponía alojamiento en el Real Alcázar. Sevilla se encontró elevada a rango principesco. En agosto del año siguiente gestionaron del gobierno el permiso y los dineros para comprar el edificio de San Telmo, la huerta del Naranjal y el convento de San Diego. Quedó así montada una amplia residencia real a orillas del Guadalquivir que aliviaría a Montpensier las nostalgias del Loira. Sevilla creó un protocolo campanudo que alcanza hasta nuestros días, pues aún aparecen esporádicamente en actos públicos los últimos personajes de la familia «que reinó en Sevilla». Visitas de alto copete, mensajeros reales, turistas de las grandes familias europeas. El Ayuntamiento cepilló los sitios del salón de gala. La infanta preside bailes y juntas de la inevitable sociedad de beneficencia domiciliaria, «caritativa institución regida y administrada por damas distinguidas». Sobre las oleadas de la política nacional, ajetreada por infinitos relevos ministeriales, la infanta Luisa Fernanda y su marido dan a Sevilla un lastre y una reserva bienhechora.

A mí no me parece casualidad que el máximo poeta sevillano del romanticismo, Gustavo Adolfo Bécquer, esté libre de la insincera retórica de la época: El desamparado muchacho que a los dieciocho años de edad va a Madrid en busca de un empleo y muere de hemoptisis a las puertas mismas de la gloria, se ve frenado en sus galopes sentimentales por el insobornable sentido del humor que sazona en Andalucía las explosiones cardíacas. El clima musical de Sevilla está enar-

decido por los triunfos de Eslava, el maestro que estremece con la potencia de sus coros las vidrieras de la catedral. Hasta la novela tiene para los estudiantes sevillanos referencias familiares, pues acaba de aparecer la versión española de «Fabiola», gran éxito mundial conseguido por Nicolás Wiseman, un inglés nacido en Sevilla que será muy pronto elegido doctor «honoris causa» de esta universidad. Divierten los descubrimientos de las «mejoras» verificadas por el concejo: En febrero de 1853 hacen guardia las primeras paradas de «coches públicos» en la plaza de San Francisco y del Duque; en primavera prosiguen a buen ritmo los trabajos de embellecimiento de la Plaza Nueva; a las puertas del verano todas las tertulias de Sevilla se transmiten noticias confidenciales sobre la sociedad que financia con capital inglés, francés y español, la construcción del ferrocarril Sevilla-Córdoba, cincuenta y dos leguas de terreno fácil al margen mismo del Guadalquivir; embaldosan la calle de las Sierpes; la noche sevillana resplandece alumbrada con gas; en noviembre visita Sevilla la madre del duque de Montpensier, la reina Amelia viuda de Luis Felipe de Orleans. El año se cierra con dos amenazas, la del cólera morbo y la de revueltas políticas. Por fortuna el conflicto político no reventó hasta el verano de 1854, cuando los estudiantes disfrutaban sus vacaciones: O'Donnell, sublevado en Madrid a fines de junio, decidió después de la escaramuza de Vicálvaro bajar hasta Sevilla, donde fue acogido triunfalmente el 22 de julio. Al día siguiente de entrar en Sevilla el general O'Donnell, cayó sobre Triana el cólera morbo. La epidemia hizo destrozos en Cádiz y Sanlúcar. A mediados de septiembre había causado en Sevilla más de cuatro mil bajas. La apertura de curso de la universidad coincidió con una semana de insensatos desórdenes callejeros. El día 14 de octubre se cantó en la catedral un solemne tedéum en acción de gracias por el cese del cólera. Pero el invierno venía muy negro: Lluvias persistentes sacaron el río de madre; en los pueblos cercanos a Sevilla la inundación paralizó las tareas agrícolas; por las calles de la ciudad vagaron miles de braceros que pedían limosna. Hasta que a fines de febrero del nuevo año de 1855 las aguas volvieron a su cauce. En primavera Sevilla se alborotó

con la noticia de que en la serranía de Ronda vivaqueaban partidas carlistas. El verano trajo la segunda oleada del cólera. A pesar de esta calamidad y de otra inundación en invierno, Sevilla trabaja tenazmente para restaurar su potencia comercial de modo que las cifras oficiales de 1855 la colocan entre los primeros mercados de España. En el mes de enero de 1856 la inundación alcanzó un nivel formidable: Los panaderos de Alcalá, que tradicionalmente abastecían la ciudad, eran asaltados en el camino por familias hambrientas y tuvieron que venir a Sevilla escoltados por guardias a caballo; la fábrica de gas se inundó y dejó a oscuras las casas. Cuando decrecieron las aguas, el ayuntamiento elevó una exposición al gobierno solicitando que por ese año fueran aliviadas las contribuciones en Sevilla. El primero de mayo la universidad se vistió de gala para inaugurar el colegio de médicos de la provincia. En la última semana de junio el barrio de Triana anda en alboroto con desmanes de los gitanos que en represalia son perseguidos a muerte por el populacho; el gobernador civil se ve y se desea para restablecer el orden...

Así, con vicisitudes parecidas, Sevilla camina hasta las puertas del siglo XX. La vida sigue y lo que sea sonará. Sevilla mantiene su fisonomía personal. Es, afortunadamente, una ciudad distinta. Concedido, esta fortuna implica numerosas lacras sociales: Las costumbres «patriarcales» de la aristocracia y la «discreta medianía» de la clase burguesa ignoran un pueblo que en soledad se muerde los puños. Lo que sea sonará. Los tranvías de mulas traquetean por las calles sevillanas y no ha caído nada bien el proyecto de electrificarlos: «En la estrechez de nuestras calles sería un peligro público la excesiva velocidad de tales vehículos». Automóviles hay dos o tres en la ciudad, «y alborotan como una tormenta». El primero lo trajo el torero Reverte. Todavía no han proliferado los vehículos oficiales: Tres hay en Sevilla, tres; uno del capitán general, otro del gobernador y el tercero del alcalde: «Las chisteras de cochero y lacayo llevan franja plateada en el coche alcaldesco, dorada los del gobernador y capitán general». Insignias que lucen en el paseo de San Telmo a la Palmera. El paseo, las veladas y la feria significan tres realiza-

ciones a las que Sevilla ha dado sabor inconfundible. Por las Delicias hay paseo desde la Inmaculada hasta la feria de abril: Peripuestos los galanes, estrechas de talle en sus vestidos de cola las jovencitas casaderas; la gente seria, adinerada, en coches a trote corto, vueltas y vueltas, saludo va, sonrisa viene, alfilerazo entre saludo y sonrisa, levita azul el cochero, calzón blanco los lacayos, todos reluciente chistera. En verano los sevillanos se defienden como pueden entre los árboles del «Salón Cristina»; y no dejan de visitar al dentista público que establecido en la esquina del puente de Triana saca las muelas sin dolor, a los compases fragosos de una banda de música: por una peseta.

* * *

Este perfil de Sevilla a finales del siglo XIX consta históricamente que fue tenido por propios y extraños como característico de una ciudad feliz. Existían problemas, naturalmente: Muchos problemas. Y sobre todo se advertían ya en el horizonte los presagios de mutaciones violentas que habrían de alterar los rasgos característicos de Sevilla. Pero los sevillanos afirmaban su satisfacción ciudadana, y los viajeros difundían por todo el mundo la estampa de una ciudad dichosa. El nombre de Sevilla quedó incorporado a la lista de parajes hermosos del planeta. ¿Por qué, cuál era el embrujo específico de Sevilla? Cabalmente con el siglo XX aparece un grupo de escritores que intentará explicar la esencia estética de Sevilla con la primera de las teorías que debemos analizar: La Ciudad de la Gracia.

A) *La Ciudad de la Gracia: Izquierdo, Chaves, Romero Murube*

Hay dos nombres fundamentales en el grupo inicial de ensayistas que ha explicado los valores estéticos de Sevilla a partir del concepto «Ciudad de la Gracia»: Manuel Chaves y José M.^a Izquierdo. Aunque Chaves desarrolló una notable tarea publicitaria en el último decenio del siglo XIX y en el

primero del XX, su libro básico «La Ciudad»⁹ apareció en 1921, cuando ya llevaba siete años de existencia pública el de José M.^a Izquierdo «Divagando por la Ciudad de la Gracia»¹⁰. Por tanto, es lógico que analicemos primero las ideas de Izquierdo.

Izquierdo se llamó a sí mismo «Jacinto Ilusión», seudónimo afortunado, pues Sevilla contemporánea le debe la mayor parte de las referencias poéticas que a favor de la ciudad han circulado en los últimos tiempos por la prensa local, amén de algunas iniciativas populares de gran éxito. Fallecido Izquierdo a la temprana edad de 35 años, el Ateneo patrocinó una edición de sus obras completas en 1923.

Ya Ganivet, contraponiéndola a «Granada, ciudad que encanta por el color», había escrito que «Sevilla seduce por la gracia»¹¹. Izquierdo arranca del supuesto de que una ciudad debe tener «una altura —una montaña, una torre...— para mirar al cielo, y a la tierra desde las cumbres...; un espejo —un lago, un río, un mar...— para mirarse a sí...; y un quid divinum, un no sé qué, que sea como la flor de su vida, y le haga ser lo que es, y saberse cómo es». Para Izquierdo Sevilla posee los tres elementos requeridos: La Giralda, su torre; el Guadalquivir, su espejo; la Gracia, su secreto. La Gracia significa para Izquierdo «toda el alma y la vida, el genio y la figura de la ciudad, quintaesenciada en una intuición sensible, en un esquema conceptual, en un símbolo ideológico», y habría que captarla «por la alegre y grata disposición de ánimo que goza un alma en éxtasis, en un éxtasis religioso y artístico al par: Este misticismo estético nos daría la clave de las categorías y postulados de la representación ciudadana». He aquí un programa prometedor. Hasta José M.^a Izquierdo, Sevilla «sólo había tenido una exposición, una justificación poemática o sentimental»¹²; ahora Izquierdo va a intentar el esclarecimiento básico de la belleza de Sevilla... No, ni siquiera va a inten-

9. MANUEL CHAVES NOGALES, *La Ciudad, Ensayos*, Sevilla, 1921. Hasta 1911, cuando publica *La calle Génova de Sevilla*, llevaba Chaves 45 publicaciones dedicadas a temas sevillanos.

10. JOSÉ MARÍA IZQUIERDO, *Obras Completas*, Sevilla, 1923. Tomo I *Divagando por la ciudad de la Gracia*. Tomo II *Alrededor de la ciudad de la Gracia*.

11. Cita JOSÉ M.^a IZQUIERDO, o. c. Tomo I, p. 9.

12. JOAQUÍN ROMERO MURUBE, *Verso y Prosa*, Sevilla, 1973, p. 158.

tentarlo: Izquierdo renuncia a su esfuerzo apenas planteado el programa. Su libro se limita a recoger en orden arbitrario los artículos previamente publicados en los periódicos locales sobre calles, jardines, bibliotecas..., en «continua divagación emocionada»¹³, con páginas impregnadas sin duda de un amor inmenso a Sevilla pero construidas con un estilo retorcido, acaramelado, artificioso hasta extremos que lo hacen intolerable para nuestra sensibilidad actual. Izquierdo no explica el secreto estético de Sevilla, simplemente le coloca un nombre: El secreto de Sevilla se llama Gracia, Sevilla es la Ciudad de la Gracia. Pero ¿en qué consiste la Gracia de Sevilla?

Las pretensiones de Manuel Chaves son más modestas que las de José M.^a Izquierdo, y me atrevería a decir que se hallan impregnadas de escepticismo, matiz nada extraño si tenemos en cuenta que Chaves ha cumplido una larga trayectoria como periodista en Sevilla, llegando a ocupar el puesto de redactor jefe en «El Liberal». Chaves conoce múltiples aspectos turbios de la vida ciudadana, y sabe que con todo puede comerciarse: «Se ha llamado a Sevilla la ciudad misteriosa e indefinible; por eso los espíritus selectos se elevaron hacia la exaltación y las almas torpes cayeron en el panderetismo»¹⁴. El quisiera saber qué fuerza mueve a los habitantes de Sevilla: «La gente de los barrios, la gente netamente sevillana... ausente de toda reflexión, se producen casi exclusivamente por un secreto instinto de ciudadanía, y saben vivir su buena media docena de sensaciones y ningún pensamiento...»¹⁵. Según Chaves, el secreto impulso de los sevillanos es Sevilla, su ciudad, «la ciudad que les infunde su espíritu sabio, la ciudad, única preocupación formal de estos hombres despreocupados»¹⁶. Pero Chaves considera indefinible la ciudad¹⁷, y hasta le parece peligrosa la Gracia, que puede llevarnos a «una exaltación sistemática, aun de la gracia de los invertidos, que, por sevillana, elogiamos»¹⁸. Juzga empeño desintegrador el pretender colocar en

13. JAOQUÍN ROMERO MURUBE, *ib.*, p. 160.

14. M. CHAVES, *o. c.*, p. 14.

15. *Ib.*, p. 31.

16. *Ib.*, p. 32.

17. *Ib.*, p. 87.

18. *Ib.*, p. 87.

escaparate, con motivo de la Exposición Hispano Americana, los valores íntimos de Sevilla¹⁹. Hay una aportación valiosa en las páginas, mejor diría, en la actitud de Chaves: Busca infatigablemente lazos entre los elementos estéticos externos de la ciudad y los elementos humanos, es decir, las condiciones morales de sus habitantes, que él sitúa en tres zonas: «Sesudos clérigos, buenos caballeros, sutiles menestrales»²⁰.

No da para más, el esfuerzo de Chaves. «Románticos enamorados de la ciudad, a la que tomamos el pulso todos los días y a todas horas... que sentimos palpar con el mismo recogimiento con que percibiríamos los latidos de la sien de nuestra amada»²¹, Chaves, como buen periodista, utiliza referencias a cuantos escritores han cantado las glorias de Sevilla, desde Cano y Cueto y Estévez Calderón hasta Thiers y Gautier; pero no consigue arañar el secreto, no acierta a entreabrir siquiera el misterioso concepto de «Gracia» que le causa a Sevilla sus encantos.

* * *

Un hombre excepcional, de los que ni siquiera una ciudad como Sevilla produce más allá de tres o cuatro por siglo, recogió la herencia de José María Izquierdo y la tradujo a nuestra sensibilidad contemporánea: Joaquín Romero Murube²². Me correspondió la suerte de ser escoltado por él en la dura etapa de mi acercamiento a los misterios físicos y morales de Sevilla mientras mi gestión al frente de un periódico.

Romero Murube traía incorporado a la masa de su sangre el amor a Sevilla. La gran aventura juvenil del grupo Mediodía²³ él la vivió ya en torno al eje de su ciudad, que aquella docena de locos maravillosos querían fuera declarada desde la «Gaceta» capital poética de España. Romero, «andaluz de los

19. Ib., pp. 75-6.

20. Ib., pp. 76-105.

21. Ib., p. 109.

22. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA ha dado una guía excelente para la lectura de las obras de Romero Murube en su prólogo a la selección publicada con el título *Verso y Prosa* por el Ayuntamiento de Sevilla el año 1971, en las páginas 9 a 55.

23. Cfr. J. DE D. RUIZ COPETE, *Poetas de Sevilla*, Sevilla, 1971, pp. 73-93; M. DEL P. MÁRQUEZ GONZÁLEZ, *Alejandro Collantes de Terán poeta de Sevilla*, Sevilla, 1973, pp. 31 y sgts.

callados, un poco escéptico, tristón»²⁴, incorporó en largas veladas de reflexión y lectura los elementos históricos más sugerentes a su imagen de Sevilla: La suya, escribió García Gómez, «es una poesía mudéjar, pero en un sentido más amplio que el usual, porque en ella se maridan el tartesio, el romano, el árabe y el caballerito del siglo XVIII. Y sobre la mezcla, el decimonónico limón amarillo ha dejado caer unas gotas de romanticismo»²⁵. Su natural meditador y profundo le distanciaba de la versión facilona que de los sevillanos existe más arriba de Despeñaperros. El mismo cuenta cómo se divertía con estas experiencias:

«Al autor de estos escritos no lo ha adornado Dios con mayores gracias personales. Es un hombre tristón, con cara alargada de constante pena. Habla poco, y cuando lo hace, por querer ser expresivo y sustancioso, suele ser vago, aburrido y borrominesco. A más de trabucar las palabras y los conceptos, por inseguridad de muchas cosas... Hasta de la mismísima gramática. Que la vida no nos dejó espacio para mayores estudios y primores.

Bien; pues, por obligaciones muchas veces, y por recreo otras, el autor de estos escritos visita Madrid con frecuencia, y aun otras capitales que no son la de las Españas. Y en tertulias o en visitas o en centros oficiales, salones, tabernas o antedespachos de ministerio, el autor de estas líneas suele oír una pregunta con relativa frecuencia:

—...¿Pero, usted es sevillano?

—Sí...

Y lo que no nos dicen con palabras, nosotros lo continuamos con el pensamiento: «¿Pero cómo es posible que sea de Sevilla este hombre tan serio, que no cuenta «gracia», que no se ha apuntado ya un fandanguillo flamenco y que en el aburrimiento de la antesala de espera no ha ensayado aún, con la gabardina, el dar unas verónicas a la máquina de escribir, a la butaca del rincón o al mismísimo ordenanza pluri-galoneado, que entra y sale con cartas y papeles?...».

24. *Sevilla en los labios*, Barcelona, 1943, p. 136.

25. En *Silences d'Andalousie, Choix de poèmes*, pp.15-16, (Genève, 1953).

Y uno piensa para sus adentros: ¿Pero es posible que la gente crea que en Sevilla no hay más que cante, copitas y jaranas? Porque esta apreciación u otras menos bastas, pero igualmente erróneas, se la hacen a uno por ahí las personas de quien menos podíamos sospecharlo. Y de la culpa de todo esto no andan muy lejos ciertos grupos de sevillanos.

No nos oponemos al cultivo de la alegría como lo más sano y venturoso que Dios le ha dado a los hombres; pero la alegría a la fuerza, el cante, la bulla y el coqueo como base de todas las horas de Sevilla, es uno de los males nacidos de un sevillanismo mal entendido. De los que se equivocaron y tomaron la santa alegría justa y oportuna por la constante franca-chela, y con ella llenaron las horas de quehacer, estudio, trabajos o recogimiento, oración y caridad, que esas sí que son horas sevillanas, tan bellas como nobilísimas»²⁶.

Romero Murube aceptó el planteamiento conceptual de Izquierdo, el secreto estético de Sevilla es la Gracia, y como era un poeta auténtico consiguió instalarse vitalmente en la trama de sus encantos. Deambulaba por el Alcázar, por el barrio de San Lorenzo, por Triana y la Macarena como un embelesado, como un fantasma: Joaquín Romero, decían los amigos de Madrid, «no existe, nunca pide nada, no escribe jamás, se esfuma como un fantasma... No sabemos si es una persona real o un «chinn», un «genio» benigno, que habitara escondido en uno de los jardines más bellos del mundo y que hiciese el don de su presencia a algunos afortunados visitantes»²⁷. Romero Murube se dejó invadir por Sevilla, y a quienes llegábamos de fuera a encontrarle nos parecía una pieza de Sevilla, un fragmento del alma de la ciudad, porque estaba poseído por Sevilla. Le hundían, le aplastaban las desgracias de Sevilla, luchaba ferozmente por su amada: Sus ataques a los filisteos que pisoteaban la gracia de Sevilla estaban presididos por aquella finura de talento y aquella fiereza de su ira, lo cual le ganó la certera observación de que ponía en la em-

26. En *Memoriales y Divagaciones* (cuando citemos textos contenidos en la selección de López Estrada utilizaremos para comodidad VyP, con indicación de la página. En este caso, VyP, pp. 225-6).

27. E. G. GÓMEZ, l. c., p. 13.

presa «el perfume del romero y las intenciones de un Murube».

Esta lucha de Joaquín Romero por su Sevilla amada fue tarea que duró hasta los últimos instantes de su existencia: La tarde del día en cuya noche iba a morir se levantó de su escritorio dejando sin rematar unas cuartillas que había de enviarme al periódico para publicarlas con un seudónimo. Pero había arrancado de la juventud: De 1924, cuando Romero contaba exactamente 20 años, provienen estas líneas publicadas en el «Prosario de la Ciudad»:

«Desacertadas normas edilicias, afán de seudosevillanismo, o, las más de las veces, inopias de gusto, tanto en particulares como en corporaciones, van poco a poco, así material como espiritualmente, despojando a Sevilla, a nuestra Hispalis, *de su gracia natural, fina e ingenua*. Alguien, íntimamente, nos ha insinuado la idea de formar una Agrupación de Amigos de Sevilla, para tratar de impedir tantos desafueros y equívocos; habría para ello que hacer enmudecer muchas plumas, que lapidar muchas fachadas, que destruir muchos monigotes de azulejería, y toda la neoconfitería relamida de las plazas, de los jardines y de los paseos».

¿Qué es la Gracia de Sevilla para Romero Murube? ¿Va él a desvelarnos el secreto de la ciudad? ¿Va descubriarnos las raíces estéticas de Sevilla? No, desde luego. Romero no es un analista riguroso, es un poeta, un poeta enamorado. Su mérito después de Izquierdo consiste en que aplica un lenguaje actual a las vivencias poéticas de la ciudad, y además las respalda con las debidas apoyaturas históricas y literarias. Pero la Gracia de Sevilla en las páginas de Romero continúa inefable, sin definición, inconcreta: Se capta en un golpe poético emocionante, quien la recibe goza su presencia, pero nunca podrá expresarla en fórmulas conceptuales exactas. He aquí unos párrafos de Romero Murube que alumbran toda su existencia entregándonos la clave de su obra:

«Siempre se me resistía el secreto de alguna de sus mil esquinas. Yo había buscado por su cuerpo blanco la última palabra gozosa que la definiera, simple y completa, a mi deseo. Yo había buscado la sombra final, con oros de sol quietos sobre cubos de albahacas, que guardase el secreto de sus lu-

ces, o la fuga de sus calles retorcidas, allá en el horizonte de sus barrios del cielo, por si en ella la gitanería daba, en gozo y fiesta, más claro y más libre su secreto. Pero siempre mis manos y mis ojos vacíos. Yo lo esperaba en el ángulo de todas las horas: por la mañana, cuando el sol dejaba caer a las calles su lenta comba de oro espeso para que saltara el día; a la tarde, en esa transparencia de aire celeste que le daba la fugitiva corriente del río; en la noche, por si la sombra era más buena con la fuerte desnudez de su bello cuerpo misterioso. Yo quería encontrar a mi ciudad el momento de su angustia, el instante final de su reserva, sorprenderle su defensa última para que se entregara toda —su secreto— como una mujer, total y absoluta, a mi deseo. Pero siempre la ciudad me huía; se me iba por los trenes de las nubes, se me escapaba loca y descompuesta de alegría por los espejos errantes del río, o se me deshacía en el aire, en el repique de todas las campanas tiradas al viento desde las torres de la mañana, en los barrios llenos de sol, mujeres y pregones.

¿Sería su secreto esta ausencia de línea definidora, este temblor de perfiles inexactos, entrevistos, de sus curvas y sus cielos?... No. Porque un día, lejos, en la desesperanza, pero ¿qué es esto en mi voz —nos dijimos—, este repique en mi risa, esta alegría de Giralda en el pecho, estas calles, luces, barrios, fuentes, sombras, fiestas, río, jardines, aquí todo, tan vivo —¡y tan lejos!— en mis manos, en mis labios y en mi frente...? Pues tenía a la ciudad toda, grande e íntima, enorme y chiquita hasta caber bien en el bolsillo, en la cartera, en mi voz, dentro, honda, ingrátida y dulce bajo el cielo del pecho. ¡Su secreto en mí!

Y la guardé bien con su secreto difícil, y —por New York, por Londres, por Alejandría— la llevo siempre, aquí, en el temblor de mi voz, hecha finura de dulce, memoria de calles y de torres, cruces y revueltas, tardes de geranios, perfume de patios o jardines, sobre el corazón, sobre los labios, mirándola constantemente en los cines interiores de mis ojos, blanca sobre el verdeoro de la tierra andaluza, mía ya, Sevilla,

ciudad, concepto, gloria en mi voz, en mi risa, en mi sangre»²⁸.

Años más tarde, hablando de Bécquer, «poeta de Sevilla», Romero alude a los «sentimientos y emociones tan huidizos, tan sutiles, que ni hay palabras que los aprisionen y materialicen»; y concluye: «Tal vez Sevilla no sea más que esta arquitectura de impresiones en el alma»²⁹. En los «Memoriales y divagaciones» de 1950 trae a cuento una cita del siglo XVI:

«Hace ahora tres siglos y medio —1599—, un sevillano de vida difícil y andariega, Mateo Alemán, al hacer cierto cotejo de ciudades, dice que Sevilla tiene «un olor de ciudad, un otro no sé qué...». ¿Se refería el autor de «Guzmán de Alfarache» en este ya casi místico «no sé qué» de las más altas expresiones, a ese difícil encanto a que nos hemos referido antes? Quizá sí. Porque si esta clara y misteriosa afirmación se produce ya en los finales del largo itinerario de la obra citada, muy en los comienzos dice también de Sevilla, entre otros conceptos de clara definición —«patria común, dehesa franca, campo abierto, madre de huérfanos, capa de pecadores»— que es «globo sin fin». Aun encajando el recto sentido de los vocablos en orden a la época en que se escriben, ¿no hay en este «globo sin fin», como calificación de Sevilla, algo misterioso e infinito?»³⁰.

Lo único que puede hacer un poeta ante la ciudad amada misteriosa es cantarla y defenderla. Romero cantó a Sevilla con acentos prodigiosos:

—«¡Amigo, qué novia tengo
en el aire de Sevilla!»

Canta sus jardines, el aire:

«¡Si fuéramos brisa
—jardinillos de la tarde,
alegría de las esquinas—
si fuéramos brisa,

28. *Sombra apasionada*, Sevilla, 1929, VyP, pp. 133-4.

29. *Sevilla en los labios*, p. 68.

30. *Memoriales y Divagaciones*, VyP, p. 232.

amor,
contigo en Sevilla»

Sus misterios:

«En un silencio de siglos
gozo el fluir de mi vida.
Estoy lejos... ¿Dónde el mundo?
¡Yo vivo en Andalucía!»

Sus silencios:

«Cristal de la noche.
Mis brazos. Tu talle.
Mañana, ya lejos...
¿Quién somos?... No hables»

Pone en verso ristras de piropos:

«Tengo una ciudad amiga;
difícil, como una amante;
pura, como una novicia»

Hasta un testamento, que al más profundo modo sevillano entrevera el amor y la muerte:

«Sevilla, cuando yo muera
no quiero ser tierra tuya.
Aire fino de tus barrios.
Soledad de tus clausuras.
Vuelo y canto de campanas
que suben a Dios su música.
Luz de la tarde dormida.
Jazmín de novia. Ternura
de madre joven, contenta.
Caridad dulce y oculta
que besa llagas y heridas
y no pregonas sus luchas.
Casta de tu señorío.
Claridades sin penumbras.

Aroma, canto, saeta,
júbilo, oración, profunda
sabiduría sin norma.
Sencillez que nada oculta.
Sevilla, cuando yo muera
quiero ser tu gracia pura.»

Romero Murube pasea uno a uno los barrios de Sevilla, hasta distinguirlos por el perfume, por el sabor del aire:

«Paseemos por sus barrios, que es donde está la pura y genuina gracia de la ciudad. Cada barrio tiene su fisonomía peculiar: uno es alegre, otro triste; éste es laborioso, aquél marinero.

Ya ha caído el sol en la cumbre del Aljarafe y la marea campera levanta en las esquinas remolinos de oro. Internémonos hoy por las calles de San Lorenzo, por Santa Clara, por San Clemente. Demos descanso al ánimo vagamente entristecido por la labor del caluroso día. Pronto, lector, abrirán en los patios los jazmines como estrellas, y en el cielo las estrellas como jazmines de nuestros patios.

Sobre otros barrios de Sevilla —Macarena, Triana, Santa Cruz—, guarda el de Santa Clara el encanto de su silencio, de su ineditéz. Aún en él la cal de Morón hace reverberar al sol en las paredes de las casas bajas, terreras; aún el dinamismo de la vida moderna no ha roturado con vías de hierro sus calles, ni el tipismo a deshora del nuevo turismo ocasional ha invadido sus rincones, ni ha cubierto los alizares de sus fachadas con cerámica nueva, de dudoso mérito y relumbro. El barrio de Santa Clara, con sus calles tendidas suavemente hacia el río, con sus viejos palacios, con sus múltiples conventos coronados de espadañas que apuntan, constantes, la ingenua flecha de su misticismo hacia el cielo, con sus huertos que rebosan la verde lozanía sobre la albura de las cercas, parece que conserva aún la tristeza, la alegría y la malicia ingenua de un viejo romance de costumbres»³¹.

Saborea la paz de los compases a la puerta del convento:

31. *Dios en la Ciudad*, VyP, p. 145.

«Hay una hora de delicia en el compás: la hora de atardecida, cuando ya el sol, vencido, deja caer las primeras brisas de la tarde. Un débil reflejo de oro agranda por las paredes la sombra de las flores. La portera —esta viejecita tan sevillana, tan amable, tan limpia, que nos ha abierto al entrar— riega cuidadosamente las macetas. Huele la tierra mojada. La tarde pierde la linde de sus horas. Las albahacas, los jazmines, los nardos, dan la fragancia delirante de sus hojas. Y cuando mayor es el silencio y la paz del atardecer, suena la esquila en la espadaña: la oración...»³²

Puebla de seres y vivencias el atardecer:

«Hay un alma en las calles y en las plazas. Hay rincones de los jardines y los barrios, donde siempre parece que nos espera alguien que nos ama. Hay atardeceres de una riqueza fastuosa, de un lujo cromático exuberante, en los que vibramos dulcemente anegados en la grandiosidad de los arcos siderales. No creemos que haya placer en el mundo comparable a esta embriaguez de los crepúsculos de Sevilla sobre los montes y el río; es morir un poco en la gloria»³³.

Queda arrobado, él, «especialista en jardines», ante la sencillez armoniosa de un rinconcito:

«Como en su cante jondo, Sevilla tiene calles llenas de duendes y falsetas... Pues igual en sus jardines íntimos, en los jardinillos. No le busquéis grandes geometrías, trazos ni pesadumbres arquitectónicas: un rincón de tierra con sol, un chorro de agua, un arriate lleno de humildad»³⁴.

A mediados de noviembre de 1969, Sevilla enterró a su enamorado.

B) *El ideal vegetativo: Ortega y Gasset*

Dos filósofos españoles —maestro y discípulo, Ortega y Julián Marías— han acometido la empresa de traducir a es-

32. Ib. VyP, p. 147.

33. *Sevilla en los labios*, p. 24.

quemado riguroso la esencia estética de Sevilla. Veamos rápidamente el fracaso del primero.

Ortega y Gasset dedicó al tema una serie de artículos publicados en «El Sol» por abril de 1927 y recogidos luego bajo el título «Teoría de Andalucía»³⁵. Seis años antes, junio de 1921, también en las páginas de «El Sol» había iniciado sus reflexiones a propósito del mito de don Juan³⁶.

Ortega plantea una investigación muy inteligente, que hoy llamaríamos antropológica: Pregunta por «un sistema de actitudes ante la vida, que tenga sentido, coherencia, eficacia». Presenta un tanteo previo algo desconcertante trazando paralelos entre la cultura andaluza y la cultura china, ambas «culturas campesinas». Y define la posición andaluza como expresión de un ideal vegetativo:

«Vive el andaluz en una tierra grasa, ubérrima, que con mínimo esfuerzo da espléndidos frutos. Pero además el clima es tan suave que el hombre necesita muy pocos de esos frutos para sostenerse sobre el haz de la vida... En vez de esforzarse para vivir, vive para no esforzarse, hace de la evitación del esfuerzo principio de su existencia... Vive sumergido en la atmósfera deliciosa como un vegetal...»

¿Para qué seguir con las citas? Produce alguna melancolía leer a estas alturas estas páginas de Ortega que hoy en Andalucía suenan a monserga arqueológica. ¿Será posible que hayan transcurrido sólo cincuenta años? La mutación social ocurrida entre nosotros en este medio siglo ha despellejado los ensayos de Ortega. Si hoy viviera don José reiría él mismo de su planteamiento con sólo presenciar en un teatro de Madrid la representación de alguna de las piezas que los grupos andaluces han plantado en la capital de España con objeto de intranquilizar las conciencias burguesas, «Quejío» por ejemplo.

La aplicación de este corsé «vegetativo» a Sevilla capital carecería de sentido, Ortega no la intenta. Dedicó a nuestra ciudad finos piropos, ensarta algunas metáforas preciosas:

35. J. ORTEGA Y GASSET, o. c., pp. 111 y sgts.: *Teoría de Andalucía*.

36. Ib., pp. 121 y sgts.: *Introducción a un Don Juan*.

«Dulce y gentil embriaguez de Sevilla», «urbe deleitable», «sonoro enjambre de abejas espirituales», «viejo río, casi decrepito, que desenvuelve la solemne lección de su curso grave y lento», «claveles de Triana que disparan sus agudas sentencias», «Sevilla parece una inmensa arquitectura de reflejos y una integral gesticulación», «ciudad llana, deleitosa, perfumada y loca de luz...»

Muchas gracias, admirado don José, pero ¿dónde ha quedado el filósofo de los rigurosos análisis? Se dejó usted conquistar por la gracia de Sevilla. No sin ironía, Romero Murube apostilló así el trabajo de Ortega:

«La única resistencia que se le ha presentado a la pluma más aguda y brillante de la España actual —nos referimos al extraordinario orfebre de la palabra y del pensamiento don José Ortega y Gasset— ha sido precisamente ese tema: Andalucía. Los que seguimos y amamos su delicioso magisterio hemos podido comprobar cómo, cuando ha tratado de Andalucía, el dardo segurísimo de sus conceptos erraba los blancos más definitivos. En determinados momentos parecía que iba ya a alcanzar a esta ninfa huidiza de los secretos andaluces... Casi tenía ya entre sus manos la veste flotante y recamada... Pero no: la intimidad última de esta diosa indolente y esquivada nunca se le ha entregado»³⁷.

C) *Capital del Andalucismo: Pemán*

Los límites implacables de tiempo y espacio en que debe situarse un discurso me obligan a sustraer a los oyentes la esplendorosa gavilla que les había preparado escogiendo espigas en las anchas fincas de José María Pemán³⁸. Don José María no realiza investigaciones filosóficas más allá de las pretensiones camperas de su Séneca: El da de Andalucía una crónica, ingeniosa, divertida, saladísima, a veces hasta engaño-

37. JOAQUÍN ROMERO MURUBE, *Memoriales y Divagaciones*, VyP, p. 217.

38. J. M. PEMÁN, *La eternamente vencedora*, en *Obras Completas* III, Madrid, 1949. En el verano de 1974 don Pedro Laín Entralgo ha pronunciado una conferencia en los Cursos Universitarios de Cádiz dedicada al andalucismo de Pemán.

samente dichosa por alienante, por aristocráticamente feliz. No debemos pedirle una indagación que él no se ha planteado. Manuel Chaves había advertido una postura semejante en la obra de los hermanos Quintero:

«Es general creencia que el quinterismo puede ser una representación cierta del genio sevillano, pero nunca una representación total, ni siquiera predominante; también se dice que «La Hermana San Sulpicio» es la novela de Sevilla, y todos reconocen que esta obra es, a lo sumo, una indicación precisa del camino a seguir, que no se ha seguido»³⁹.

D) *Interpretaciones poéticas: Cernuda, Salinas*

Estos dos nombres están pronunciados aquí como símbolo y homenaje: Símbolo de la letanía inacabada de poetas que a lo largo de siglos han enriquecido las bellezas de Sevilla descubriéndole costados y resonancias insospechadas; homenaje agradecido a ellos que sin pretensiones definitorias, sin preocupaciones conceptuales por resolver eruditamente el enigma de la ciudad hermosa contribuyen al afanoso rastreo denunciando huellas de belleza.

El nombre de Cernuda evoca una deuda que Sevilla tiene sin saldar con su difícil gran poeta. Pero deudas de tal estilo, a Sevilla desgraciadamente no le quitan el sueño. Cuando en el invierno de 1963 un golpe cardíaco se llevó a Cernuda en las lejanías de Méjico, Joaquín Romero evocó los escenarios infantiles y juveniles del poeta «poeta decisivo, hijo del aire de su ciudad, de su luz, de su hondura» que se había alejado de nosotros sin remedio, dolorosamente, amargo, desolado: «Un sevillano difícil abre en la moderna lírica española la cima más alucinante del desprecio. En toda su obra no se nombra la ciudad. Y sin embargo Sevilla está ahí, latente, pluralmente referida. «Ocnos» es el libro sevillano de más fina, difícil, alta alusión y paisaje»⁴⁰.

39. M. CHAVES, o. c., p. 33.

40. J. ROMERO MURUBE, *Ronda de los muertos*, en *Los cielos que perdimos*, Sevilla, 1964, VyP, p. 273.

Cernuda parece el reverso del andaluz panderetero, y hasta uno se pregunta si su escepticismo total no llegó quizás a envenenarle las raíces de la Andalucía verdadera, la Andalucía profunda: «La caricia es mentira —escribió en vísperas de su muerte—, el amor es mentira, la amistad es mentira»⁴¹. Conviene no aturdirse por estas expresiones radicales de un poeta sometido a peculiares tensiones de la fuerza amorosa: La ambientación puede mudar repentinamente para decidir que también la tristeza encierra gozo en su almendra, y Cernuda lo confiesa evocando en su libro «Un río, un amor» el Sur lejano, su Sur perdido:

«Quizás mis lentos ojos no verán más el sur
de ligeros paisajes dormidos en el aire...
La lluvia allí no es más que una rosa entreabierta.
Su niebla misma ríe, risa blanca en el viento.
Su oscuridad, su luz, son bellezas iguales»

La palabra Sevilla con sus siete letras no está en la pluma de Cernuda. ¿Qué importa? La poética tristeza de Luis Cernuda empalma con lo que pudiéramos llamar «perenne escuela sevillana» que va de Rioja, Caro, Arjona y Reinoso, a Bécquer y los Machado⁴².

Pero además, «Ocnos», el libro que vale como prontuario poético de Cernuda, sus confesiones mágicas, su fe notarial del mundo, en la primera redacción fue un conjunto de estampas sevillanas: Ocupan dos terceras partes de la edición definitiva, y Cernuda podría haberlas publicado, a semejanza del «Platero y yo» de Juan Ramón, con la etiqueta «Sevilla y yo». Ocnos significa pereza. Goethe atribuyó el nombre al personaje del soguero que trenzaba juncos y los daba a comer a su asno: El buen paisano había inventado la manera de hacer algo no haciendo nada, algo que no servía para nada. Esta gratuita exquisitez la toma Cernuda como desencantada

41. De un texto de Luis Cernuda publicado en *México en la cultura*, nov. de 1963, recogido por J. de D. Ruiz Copete, l. c., p. 153.

42. La sugerencia pertenece a LUIS FELIPE VIVANCO, *Introducción a la poesía española contemporánea*, I, Madrid, 1974, p. 258, y me parece acertada. Encuentro en cambio totalmente equivocado el enlace que Vivanco, ib. pp. 276-8, realiza de Cernuda con «El ideal vegetativo» de Ortega que arriba comenté.

etiqueta para sus evocaciones, que sin embargo rezuman encanto, suavidad, tiernas emociones contenidas. Sirvan de ejemplo estos párrafos de la estampa «El Otoño»:

«La atmósfera del verano, densa hasta entonces, se aligeraba y adquiriría una acuidad a través de la cual los sonidos eran casi dolorosos, punzando la carne como la espina de una flor. Caían las primeras lluvias a mediados de septiembre, anunciándolas el trueno y el súbito nublar del cielo, con un chocar acerado de aguas, libres contra prisiones de cristal. La voz de la madre decía: «Que descorran la vela», y tras aquel quejido agudo (semejante al de las golondrinas cuando revolaban por el cielo azul sobre el patio), que levantaba el toldo al plegarse en los alambres de donde colgaba, la lluvia entraba dentro de la casa, moviendo ligera sus pies de plata con rumor rítmico sobre las losas de mármol...»⁴³

Sorprende hallar entre las evocaciones de «Ocnos» una dedicada a José María Izquierdo, preciosa. Indica hasta qué punto le importaron a Cernuda las cosas verdaderas de Sevilla. Se pregunta por qué un sujeto de aquella estatura no huyó de Sevilla donde los compadres de banderías locales lo ignoraban. «Hoy —reflexiona Cernuda—, distante aquellos días y aquella tierra, creo que de todo fue causa un error de amor: el amor a la ciudad de espléndido pasado, cuyo espíritu acaso quiso él resucitar, dando para ello lo mejor que tenía, sacrificando su nombre y su obra. Bécquer y Machado la dejaron tras sí. José María Izquierdo nunca la abandonó. Después de todo ¡quién sabe! Durante sus horas de recogimiento silencioso, escuchando la música o en sus atardeceres junto al río, mientras se perdía así entre el ruido de los otros bajo el cielo nativo, tal vez gozó gloria mejor y más pura que ninguna»⁴⁴.

Por su parte Luis Cernuda expresó en la segunda de sus «Elegías españolas» el deseo nunca perdido, hablando a Sevilla lejana:

«Deja tu aire ir sobre mi frente,
tu luz sobre mi pecho hasta la muerte,
única gloria cierta que aún deseo.»

43. *Ocnos*, Madrid, 1949, p. 11.

44. *Ib.*, p. 51.

Cabalmente de Pedro Salinas recibió Luis Cernuda las primeras lecciones universitarias de «Lengua y Literatura Españolas» en el curso preparatorio a los estudios de Derecho el año 1919. Salinas venía de París, donde había desempeñado el lectorado de español en la Sorbona. Y será Salinas quien años adelante encarrilará la existencia de Cernuda como profesor en universidades extranjeras gestionándole un puesto de lector en Toulouse.

Aquel Salinas temprano, 27 años de edad, que llegó a Sevilla para ocupar su cátedra recién ganada, era el poeta de su primera época, indagador sistemático y amigo de buscarle los fondos al tapiz:

«Se te ve, calor, se te ve.
Se te ve lo rojo, el salto,
la contorsión, el ay, ay.
Se te ve el alma, la llama»

Tenía que ocurrir que al menos al primer choque con Sevilla le apeteciera describir el misterio de aquella ciudad cuyas bellezas le habían encarecido largamente los amigos. Un capítulo, el segundo de «Víspera del gozo»⁴⁵, se titula «Entrada en Sevilla», y refleja deliciosamente la impresión de Pedro Salinas, contada en 1926, es decir, ocho años más tarde, ya residente en Madrid.

Utiliza Salinas un juego, diría que una travesura literaria, para revelarnos su visión de Sevilla. Finge que recién llegado, de noche, duerme feliz en una mansión acogedora. Al día siguiente le meten en un automóvil para enseñarle la ciudad: «Fíjate bien, ésta es Sevilla».

«El auto ceñido estrechamente a derecha e izquierda por casas, empezaba su heroico viaje. La calle, inmóvil, pero poseída con la marcha del coche de una actividad vertiginosa y teatral, empezó a desplegar formas, líneas, espacios multicolores y cambiantes, rotos, reanudados a cada instante, sin coherencia alguna, y con idéntica rapidez y destreza con que

45. Acaba de publicar Alianza Editorial una pulcra edición: PEDRO SALINAS, *Víspera del gozo*, Madrid, 1974.

muestra un prestimano los colorines objetos que le van a servir en su juego, más que para que el público los vea, con el malicioso propósito de que su rauda sucesión cree una imagen confusa y apta para cualquier engaño en la mirada del espectador. Sí, probablemente en cuanto todo aquello se aquietara, de esta confusión de colores iba a salir limpia y total, Sevilla, ofrecida como en la palma de una mano hábil en la llanada del Guadalquivir. Pero por ahora no se veía ni ciudad, ni calles, ni siquiera sus últimos elementos, casas. Todo lo que aprehendían los ojos eran fragmentos, cortes y paños de muros, rosa, verde, azul, y de trecho en trecho, como un punto redondo y negro que intenta dar apariencias de orden a una prosa en tumulto, un portal en el que se hundía la mirada siempre demasiado tarde, porque apenas llegada a la cancela y dudosa de por cuál de aquellos geométricos pasajes entrarían en el presentido patio, ya empezaba de nuevo otra cosa, dejándose atrás aquélla: una pared de colores, la arista de una esquina brusca, una reja, cerrada casi siempre, pero que una vez mostró con patética prisa, cautiva detrás de sus barrotes como una gacela, una luz tiernísima y sin nadie, de cuarto habitado, de cuarto de donde se acaba de ir, adonde volverá dentro de un momento alguien que nunca veremos.»

La prosa enojada de Salinas —de quien por algo dijo García Lorca que en vez de «poesías» escribía «prosías»— prolonga esta zarabanda, esta embriaguez de una Sevilla de callejas estrechas que danzan ante el parabrisas de un auto desvaneciendo «la Sevilla convencional de los panoramas, definición lejana en el paisaje con dos líneas —caserío, Giralda— que se cortan con una belleza estrictamente geométrica». Es una manera pícara de contar qué difícil, qué complicada y esquiva resulta la ciudad a quien pretende arrebatarse su secreto. Salinas se dará por vencido: «La ciudad le era, tan dentro de ella, algo incierto e inaprehensible como una mujer amada, producto de datos reales, pero dispersos y nebulosos, y unificadora, lúcida fantasía que los coordina en superior encanto».

Sevilla, Sevilla estética ¿qué es? ¿Por qué ata esta ciudad, por qué encanta, por qué sugestiona? ¿Salvará su belleza de cara al futuro?

Sólo nos queda un camino para acercarnos al misterio: analizar uno a uno esos «datos reales», dispersos y nebulosos, a que alude Salinas. Estudiarlos humildemente, uno a uno.

III. CONDICIONES PREVIAS PARA LA INVESTIGACION

A) *El peso de la gloria pasada.*

Sevilla, la ciudad que cada mañana despierta como un milagro recién hecho, es asombrosamente vieja. Dejadme que un poco os lo cuente.

Asombrosamente vieja. Amigos, fuera el sombrero. Ciudades como Sevilla se tratan con respeto, no es correcto patear a la buena siglos de historia aunque la gentil señora los porte tan ligera. En los tiempos más remotos Sevilla fue un poblado probablemente ibero en un recodo a la orilla izquierda del Guadalquivir, centro de una llanada feraz. El río se ensanchaba aquí en marisma, hacía un estero, donde los peces dejan en el paladar aromas vegetales. Las invasiones que llegaban río arriba desde el mar dieron al poblado desarrollo de vértigo: Aquí remansaban los saberes del Mediterráneo y los misterios del Atlántico. Por estas costas plantaron los fenicios las columnas de Hércules que servían de pórtico al mundo razonable, después quedaba un más allá tenebroso. Los griegos encontraron el poblado amplio y fortificado: Sus historiadores hablan de los turdetanos como de gente maravillosa, rica en metales preciosos, culta, abundante en todo bien de Dios, sobre todo en aceite y frutas, ah, y vino, cera, miel, pez, grana, bermellón y lana fina. Usaban gramática, conservaban monumentos y poesías viejas de miles de años, fijaos bien, cuando de seguro el resto de los españoles andábamos aún cazando raposas por sorpresa. La espina dorsal de este paraíso era el río Betis, que dio nombre a la región: Marcial lo pintó ceñido

de corona de olivo y le celebró la prerrogativa de dar color de oro a los vellones. En la desembocadura del Betis dejaron huella los tiempos genesíacos: Tarsis, hijo de Javán y nieto de Jafet, anduvo por aquí poco después de la dispersión de las gentes. En los preámbulos del imperio romano, medio siglo antes de la venida de Cristo, Julio César propinó a los sevillanos una bronca sensacional porque después de haber recibido sus favores se pusieron del lado de Pompeyo: En los fastos de Roma, César consignó la conquista de Sevilla con la elegante frase: «Hac die Caesar Hispalim vicit». Los hispalenses no se enojaron demasiado por los insultos de César que los había llamado revoltosos y cobardes: En la puerta de la ciudad esculpieron la inscripción: «Condidit Alcides Renovavit Julius Urbem», Hércules edificó la ciudad, Julio la renovó. Y para suavizar los enojos del amo del mundo, doblaron la carga de ánforas que llevaban a Roma el aceite más limpio del imperio.

Así Sevilla creció cabeza de un amplio reino formado por la cuenca del río, escoltada por montes lejanos y abierta hacia el mar. No puedo ahora enhebrar las cuentas de sus días ilustres, ni deciros cómo San Leandro le puso calor en el corazón y San Isidoro luz en la inteligencia, cómo San Fernando la hizo cristiana y Alfonso el Sabio le organizó la estructura administrativa. Comprendéis que una ciudad así servida, tendría para marearse de soberbia. Al fortificarla Julio César había construido en la orilla derecha del río un castillo que sirviera de cabeza de puente: En torno al castillo creció una pollada popular que constituyó el castizo barrio de Triana, nido de traficantes y marinos. Para que veáis cómo Sevilla no se emborracha con sus glorias pasadas, os contaré que en una iglesia de este barrio de Triana he encontrado la imagen de una Virgen que en cualquier país del mundo presidiría una grandiosa catedral. Me ha costado trabajo, he tenido que jugar a detective para dar con ella. En la parroquia de Santa Ana, según se entra tercera capilla a la derecha, un pequeño altar barroco revestido de azulejos sevillanos, hay una imagen de Nuestra Señora a la que el sacristán, quizá porque el templo posee dos joyas marianas tituladas Virgen de la Rosa y Virgen

del Remedio, no parece conceder demasiada importancia ya que aprovecha el hueco de esta capillita para refugiar otras estatuas de ángeles y santos. Sin embargo, basta mirar la imagen a la cara para comprender que en su humilde atuendo actual conserva talla de Reina. Se llamó Nuestra Señora de las Victorias, está sentada en un sillón frailuno como acostumbrada a pláticas prolongadas, tiene un cojín a los pies. Ninguna joya adorna su cuello ni sus manos, pienso si también ella tendría en aquellos tiempos que empeñarlas para pagar el navío de algún marino enloquecido por la llamada del océano. Le han puesto un niño Jesús que no es el suyo, y le sobra ademán a la Virgen como si tuviera los brazos abiertos para recoger el milagro del primer globo que figuró redonda la tierra. En su convento de Triana, Nuestra Señora de las Victorias presidía la marcha de los marinos españoles que en tiempos gloriosos salían Guadalquivir abajo a buscar por las bocas de Sanlúcar el abrazo del mar. Ante esta imagen la mañana del 10 de agosto de 1519 arrodilló a sus hombres Hernando de Magallanes, que tenía aparejados sus cinco navíos en el muelle de las Muelas: La TRINIDAD, con enseña de almirante y los cuarteles de don Hernando; la CONCEPCIÓN, porque no podía faltar este título; SANTIAGO y SAN ANTONIO; NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS, que se llamará sencillamente nave VICTORIA y será el único de los cinco bajeles que el 8 de septiembre de 1522 con dieciocho hombres a bordo capitaneados por Juan Sebastián Elcano regresará para rendir homenaje a la Señora y contarle que efectivamente la tierra es redonda. La Virgen de Triana conocía por su nombre a todos los marinos de España.

En cualquiera de los recodos de esta larga historia, Sevilla tiene escondidas las huellas de lances poéticos. Parece mentira, total no son más que una brazada de casas recogidas en la curva de un río. Aquella tarde la esclava Rumaykyya lava ropa a la altura de la Pradera de Plata. El rey moro Al-Motamid recita los versos iniciales de un poema:

El viento transforma el río
en una cota de malla...

Los cortesanos acompañantes del rey permanecen silenciosos, no aciertan a rematar la estrofa. La esclava Rumaykyya levanta la voz:

...mejor cota no se halla
como la congele el frío.

El rey se casa con la esclava. Rey poeta y desgraciado. Las aguas rizadas del Guadalquivir semejan en las tardes invernales una cota de malla.

B) *Narcisismo.*

A la hora de examinar las teorías que intentan desvelar el núcleo estético de Sevilla, resulta imprescindible aludir al notable ahínco con que sus moradores viven apegados a la ciudad.

Sevilla no es espectáculo, es una experiencia. Hay que entrarle, hay que ir con ella, lo cual no es fácil por una razón que yo me sé: Los andaluces, la gente más sabia del planeta, no tienen su región puesta en escaparate que aguarda el asombro y el piropo de los visitantes, los andaluces son y viven, lloran y ríen a su gusto guardando el compás de las emociones tradicionales con arreglo a un calendario secular. Y les importa un comino lo que piensen y lo que escriban los viajeros que «vienen de fuera» a ver qué ocurre en la Semana Santa y en Feria. Sevilla no se conmueve por los piropos de cada día que le dicen unos al derecho y otros al revés, certeros o insensatos, claros o con su dosis de mala intención. Sevilla no los agradece: Los valora, le gustan o no le gustan, ni los exagera ni se inquieta. Sevilla y su gente viven hacia dentro, está dentro ...quizá demasiado. Por eso es hermética y molesta a los forasteros que más inteligentes del común pretenden hincarle el diente más allá del tópico y se encuentran con núcleos sociales celosamente defendidos como el molusco en su concha.

C) *Costo económico de la Gracia.*

Nuestro discurso va entrando por unos cauces que nos llevan sin remedio a múltiples denuncias de los desafueros que día a día cometen contra la belleza de su ciudad los habitantes de Sevilla, como si hubieran determinado acabar con ella. Pienso uno si habrása tocado en penosa realidad aquella sospecha de Ortega y Gasset: «Podríamos exponernos a no encontrar hoy más que sevillanos de segunda clase que usufructúan la ciudad maravillosa y acentúan con su insuficiencia lo que podría ser una Sevilla ejemplar»⁴⁶.

Pues digo que a la hora de las denuncias conviene anotar que la conservación y cultivo de los encantos de la ciudad han podido en parte verse perjudicados por causas económicas, por penuria de dinero. Mantener y reavivar las brasas de la gracia de una ciudad grande y que crece al ritmo con que Sevilla creció de 1900 a 1960, cuesta dinero, mucho dinero.

La gente que disfruta la gracia necesita «vivir», comer, vestirse; y si no lo consigue, maldita la gracia que la gracia les hace. Mi amigo el canónigo que reside en el extranjero puede venir a Sevilla a «respirar callejeando»: Pero trae su estómago bien arrojado. En la Sevilla de los 100.000 habitantes, todos, también los proletarios, comían, estaban arropados. Crecida la ciudad...

Sevilla llegó a finales del siglo XIX con un equilibrio notable entre las clases sociales, a base de que cien mil personas de la casta trabajadora sirvieran a cincuenta mil personas de la casta privilegiada: Sevilla contaba en 1900 cerca de 150.000 habitantes. Los proletarios de la capital —las referencias al campo son distintas— vivían aceptablemente y no se consideraban en modo alguno desgraciados, pues el sentido paternalista de sus señoritos ejercía gran parte de las funciones propias de la seguridad social, y hay que reconocer que las ejercían con eficacia y hasta con cariño. En dos fechas del calendario los tabiques de separación caían derribados y los habitantes de Sevilla, bajos o altos, se mezclaban clamorosa-

46. J. ORTEGA Y GASSET, o. c., p. 128.

mente: Para rezar por las calles en Semana Santa vistiendo todos el mismo antifaz cofradiero; y para divertirse cuatro días con sus noches bailando sevillanas en las casetas de la feria de abril, la fiesta más postinera de Europa. En el paso del siglo XIX al XX Sevilla vivió una época fecunda que recordó fugazmente su potencia de los siglos grandes. La ciudad había perdido el esplendor comercial que le dieran las colonias de ultramar, pero sentía el frenesí del progreso y trató de ajustar el paso a los nuevos tiempos, decidida a no agotarse en el tipismo. Por todo el perímetro de la ciudad circulaba un afán renovador, incitante. El comercio del que fue emporio sevillano se reducía al de cabotaje, y sólo ocasionalmente llegaban al puerto barcos extranjeros para recoger naranja o aceite. Las sociedades financieras trabajaban con medios limitados, pero respaldaban industrias de alguna pujanza, y además la ciudad contaba con establecimientos fuertes de carácter estatal. Había fundición y la Maestranza de Artillería, Pirotecnia Militar, fábrica de fusiles, de tabacos, loza de la Cartuja, cristales, hierro y maquinaria de Bonaplata, extracto de regaliz, curtidos, hilados de lana, tejidos de seda, de hilo, jabones y productos derivados de la agricultura.

Pero ha ocurrido que entre 1900 y 1970 Sevilla pasó de 150.000 a 550.000 habitantes: 400.000 trabajadores se han establecido en el cinturón de la ciudad histórica alrededor de los 150.000 anteriores. Estos 400.000 habitantes no podían ser absorbidos por el paternalismo clásico. Estos 400.000 reclaman vivienda, trabajo y escuelas. Estos 400.000 habitantes nuevos pertenecen a un mundo laboral con nuevas exigencias.

Sevilla ha sido la víctima de un espejismo. Mientras el crecimiento de otras ciudades, como Barcelona o Bilbao, tiene su base cierta de riqueza y oferta de empleos, el crecimiento de Sevilla se ha basado en algo puramente ilusorio. Más aún, en una falta de información.

A partir del comienzo de la mecanización del campo, con la llegada de los primeros tractores, una inmensa masa de proletarios campesinos se quedaron sin empleo. Lo lógico hubiera sido desde el primer momento canalizar a esa gente hacia lugares adecuados. No se quiso reconocer oficialmente

el hecho de que se estaba produciendo un paro agrícola. Y como oficialmente no había tal paro agrícola, no era oficialmente necesario montar los mecanismos para el traslado de la mano de obra excedente.

Los proletarios abandonaron el campo a cientos, a miles, a decenas de miles. Carecían de medios económicos para emprender viaje a lugares lejanos como Barcelona: Hubieron de quedarse en el sitio más cercano a sus lugares de origen, en Sevilla.

Por otra parte, una propaganda falsa, basada en el recuerdo de la pasada prosperidad —Sevilla, capital de Andalucía; Sevilla, puerto de Indias; Sevilla, emporio del Guadalquivir— hacía que los parados de toda Andalucía abrigaran la esperanza ilusa de encontrar en Sevilla un empleo adecuado.

Llegó una incesante corriente de emigración interior, procedente de las provincias de Sevilla, Jaén, Huelva, Córdoba y Cádiz, incluso de Málaga y Badajoz. Estos pobres inmigrantes construían barracas o chozas en los alrededores de la ciudad, así aparecieron los suburbios del Vacie, las Erillas, la Haza del Huesero, El Manchón, barrio Máquinas, y tantas otras. El mayor incremento de habitantes lo daban los «recogidos» en casa de parientes, amigos o paisanos: Puede calcularse que mientras los habitantes de chozas sumarían unos 70.000, había más de 100.000 «recogidos» con otras familias, unas veces por parentesco o amistad, otras en calidad de realquilados. Incluso se daba el fenómeno de «realquilados en chozas», infravivienda dentro de la subvivienda.

Esto ocurrió de 1940 a 1958. Al cabo de ese tiempo Sevilla había crecido en más de 150.000 almas. La mayoría no alcanzaron empleo, sino subempleo: los hombres, temporeros en la construcción; las mujeres, «echando medios días de lavado». Una gran parte ni siquiera eso: Dio lugar a la proliferación de formas de caridad nutriéndose malamente con los repartos de leche en polvo y queso sintético procedentes de los americanos.

El Polo de Desarrollo de Sevilla, en el que se pusieron tantas esperanzas, no las satisfizo. El problema de Sevilla era el de empleos. En el Polo de Desarrollo no había empleos. Se

crearon pocas industrias, y aun éstas en su mayoría automatizadas, que no podían absorber mano de obra en cifras notables.

Por otra parte, el Polo de Desarrollo ejerció un efecto negativo: la gente, movida por la desaforada propaganda, esperaba que en Sevilla iba a haber trabajo para todos: Muchos campesinos, habitantes de pueblos y cortijos que no se habían decidido aún a venir a Sevilla, lo hicieron ahora, al señuelo de «colocarse en el Polo». El chasco fue tremendo. Nacieron algunas barriadas sociales. Y los «refugios». La población de Sevilla capital pasó de 148.315 habitantes en el censo de 1900, a 376.627 en 1950, 442.890 en 1960, 548.072 en 1970.

Una ciudad crecida a tal ritmo exige una planificación atenta y unos caudales enormes que financien su crecimiento. La construcción de nuevas viviendas a una media anual de diez mil unidades⁴⁷ que serían necesarias durante cinco años para estabilizar el caserío sevillano, lleva consigo una infraestructura costosísima. Si fallan estos elementos esenciales, la Gracia desaparece: No cabe poesía con baches, malos olores, taponamiento de husillos, inundaciones, polvo, mosquitos, falta de alumbrado o escasez de agua, solares abandonados, muros ruinosos, saneamiento defectuoso, tantos problemas. Dinero, mucho dinero. El pequeño acomodo de una huerta se adorna graciosamente con macetas y flores silvestres. Una ciudad de medio millón de habitantes, no: Requiere poderes para que el alcalde y su equipo de ediles, Derecho administrativo en mano, afronten la especulación del suelo y laven la cara de la ciudad, la vistan, la peinen, le den un toque poético, el toque de la gracia... Sevilla no puede, no debe estar sucia. ¿Cuánto vale asearla? Instalaciones a primera vista tan poco poéticas como las estaciones depuradoras y las transformadoras de basura se convierten así en soportes imprescindibles de la poesía. Uno de nuestros escritores había cantado un

47. El cálculo de necesidades de vivienda en Sevilla puede verse en *Estudio Socio-económico de la provincia de Sevilla*, del Consejo Económico Social Sindical Provincial, Sevilla, 1972; *Condiciones de vida social y religiosa*, cuaderno 5 del *Estudio Socio-Religioso del Sínodo de Sevilla*, Sevilla, s. f.; y sobre todo en el v. IX, *Vivienda-Urbanismo*, del *Estudio General sobre la Economía de la Provincia de Sevilla*, editado por Iniciativas Sevillanas, Sevilla, 1973, pp. 222 y sgts.

día en la prensa la confluencia de los dos ríos, «el beso del Guadaira al Guadalquivir...» Un ingeniero me llevó a que presenciara la mugre de las aguas en la confluencia: Aquel líquido espeso no es agua...

En una ciudad con medio millón de habitantes, la Gracia tiene un costo económico ciertamente alto.

IV. ANALISIS DE LOS ELEMENTOS ESTETICOS

Vengamos ahora para rematar nuestra investigación al análisis directo de los elementos estéticos que conforman la belleza de Sevilla. El margen de un discurso que no quiera agotar la paciencia de los oyentes apenas da para repasar estos elementos en una rápida letanía que nos recuerda el juego de Pedro Salinas en su visita simbólica a Sevilla. Pero aquí, en estos nombres humildes que vamos a pronunciar, aire, case-río, barrios, monumentos, fiestas, luz, espíritu, simpatía, finura, aquí en las palabras humildes están clavadas las raíces estéticas de Sevilla.

A) *Elementos físicos.*

a) *Biosfera.*

Los científicos llaman biosfera a «esa delgada capa de aire y agua, de suelo y vida, cuya profundidad no excede de los dieciséis kilómetros, es decir, un cuatrocientosavo del radio de la tierra». Este «medio ambiente» sirve de marco en el cual se realiza la historia del hombre⁴⁸. El primer elemento integral de la biosfera es el clima, que en Sevilla da soporte a uno de sus elementos estéticos esenciales, el aire.

48. La documentación y bibliografía para este apartado y los siguientes de nuestro discurso puede verse en las páginas 17 a 20 del citado volumen *Vivienda-Urbanismo*, arriba reseñado, en el cual me correspondió colaborar. Allí anoto además una selección de bibliografía para las noticias históricas de Sevilla, y algunos títulos especialmente interesantes entre los dedicados a la problemática socioeconómica de Sevilla en nuestros días.

El clima representa en Sevilla una de las reservas existenciales de mayor calidad, y la población asentada en la zona tiene de ello conciencia: en el lenguaje popular y en las elaboraciones literarias es frecuente encontrar referencias a la riqueza del «aire» sevillano, a la belleza del cielo, a la sensación de bienestar que en esta tierra se percibe «respirando»; y ni siquiera los elementos de contaminación de ambiente, que en Sevilla capital se producen como en toda gran urbe, han borrado en los habitantes esta sensación de poseer algo inapreciable.

El clima de Sevilla es de tipo continental, con una temperatura media anual de 18,5 grados; cifra elevada, como resultado de las altas temperaturas del verano: pues si el invierno, con una media de 10,8 grados, es suave, aquél ofrece, en cambio, una media de 26,8. La primavera (16,8 grados) queda por debajo de la media anual, mientras el otoño (19,3) la supera ligeramente. Así, entre el más cálido y el más frío, la amplitud llega a ser de 18,3 grados.

El aumento primaveral de la temperatura es rápido: de 13,8 grados en marzo se pasa a 20,2 en mayo; la misma rapidez en el aumento se observa en los primeros meses del verano, en los que la media pasa a 27,7 en julio, alcanzando la máxima en agosto con 28,4. En otoño la temperatura desciende a un ritmo de 4 a 5 grados al mes; entre octubre (19,4) y noviembre (14,1) el descenso es rápido, pero después se atenúa en los meses invernales, en los que enero, con 10,1 grados, da la media más baja.

El verano resulta, pues, muy dilatado; primavera y otoño son estaciones breves y templadas, y el invierno, por último, se ofrece corto, suave y con pocas oscilaciones.

Las medias de las temperaturas máximas y mínimas anuales son 25,3 y 12,5, respectivamente, lo que da una diferencia de 12,8 grados, bastante sensible. La media de las mínimas de enero es elevada: 5,3 grados. La de las máximas de agosto llega a 36 grados.

Destaca en primer lugar, la frecuencia de las calmas, que suponen el 36 por 100 de las observaciones anuales, con un máximo en octubre de 43 y un mínimo en abril de 28. Los

vientos dominantes son los del suroeste, con el 18 por 100 de las observaciones, en tanto que las demás direcciones oscilan entre el 10 por 100 del noroeste y el 2 por 100 del sureste.

Durante los meses de primavera y verano el predominio de los vientos del suroeste se acentúa, oscilando sus frecuencias entre 20 en marzo y abril y un máximo de 29 en junio. Igualmente se acentúa la frecuencia de los vientos del sur y del oeste, este último con valores de 8 a 10, y el primero, de 8 a 14.

En otoño e invierno, en cambio, el suroeste reduce su frecuencia a valores comprendidos entre 10 y 14, e igualmente disminuye la de los vientos del oeste y sur, que descienden, el primero, a 4-6, y el segundo, a 4-7. Esta pérdida de frecuencia de los vientos del tercer cuadrante da paso a un aumento en la de los vientos del norte y noroeste, que son los que dominan de noviembre a febrero, meses en los que el norte llega a frecuencias del 12-14 y el noroeste a 15-18, con máximos en el mes de diciembre.

Conviene señalar que los vientos del sur, que en Sevilla alcanzan una frecuencia de 14 en agosto, en el aeropuerto de San Pablo no pasan de 7 en los meses de mayor intensidad, que son los de mayo y junio.

La media anual de precipitaciones es, en Sevilla, de 559 milímetros, cifra reducida y repartida desigualmente a lo largo del año.

En invierno, el valle del Guadalquivir se encuentra sometido de lleno a la acción de los ciclones sudatlánticos —consecuencia de la baja latitud del frente polar—, y al penetrar el aire húmedo y tibio del suroeste por el amplio valle del Guadalquivir, las nubes se ciernen sobre toda la depresión Bética y descargan en toda la extensión de la misma, dando origen a un máximo de precipitación. En la propia estación invernal el buen tiempo es traído a la depresión del Guadalquivir por el anticiclón de las Azores (que a veces nos juega malas pasadas).

En verano, el valle se encuentra afectado por el ciclón peninsular, que trae sequedad. El calentamiento es extraordinario y las temperaturas originadas por nubes de desarrollo verti-

cal son frecuentes, pero las precipitaciones, de origen tormentoso, son escasas.

Las estaciones de tránsito ofrecen una cierta lluviosidad. Los ciclones sudatlánticos, mediterráneos y del Norte de África son los portadores de lluvias en estas estaciones, sin que lleguen a constituir otro máximo que uno secundario de octubre a noviembre.

Durante el período de octubre-diciembre, que es el de mayor intensidad de precipitaciones, cae el 42,21 por 100 de las precipitaciones anuales, con el máximo en noviembre, que da 99 milímetros. Enero, con 44 milímetros, señala un descenso sensible, para volver a aumentar en febrero-marzo que dan 65 y 70 milímetros, respectivamente. En abril comienza ya un descenso gradual, hasta el mínimo de julio-agosto, con 2 milímetros en cada uno de estos dos meses.

Hay así dos períodos de máximas precipitaciones: octubre-diciembre (42,21 por 100) y febrero-abril (33,09 por 100), separadas por el bache, poco acusado de enero, y una estación seca de mayo a septiembre (16,81 por 100), con dos meses, julio y agosto, de sequía casi absoluta.

La cuantía total de la precipitación está sujeta a grandes oscilaciones. En el período 1862-1960 se registró un mínimo de 235 milímetros en 1954, y máximas de 1.603 milímetros en 1895 y de 935 en 1936, si bien la cifra de 1895 es absolutamente excepcional.

El número de días de lluvias al año es, por término medio, de 65. Las nevadas son raras, transcurriendo a veces hasta diez años seguidos sin que se produzca ninguna; el número medio es de 0,5 días al año.

La nubosidad es muy escasa. El número de días despejados, es decir de cielo limpio o hasta con dos décimas partes con nubes, es de 147. El mínimo lo dan los meses de febrero, marzo, abril y noviembre, con ocho y nueve días despejados, y el máximo julio y agosto con 24. Los días nubosos son 152, distribuidos con bastante regularidad: El mínimo corresponde a julio-agosto, con siete días; los demás meses oscilan entre 11 y 16 días nubosos.

Los días cubiertos solamente son 66 (18,1 por 100).

Las heladas se presentan el 24 por 100 de los años con el 76 por 100 libres de ellas. El número medio de días de helada por año es de 4,2 (Madrid 52,83, Zaragoza 24,1, Tarragona 4,2).

La incidencia de las condiciones climatológicas sobre la población que habita en Sevilla resulta extremadamente beneficiosa en orden a crearles un ambiente de satisfacción existencial. De una parte, no alcanza las cimas de calor que tradicionalmente enervan a los pueblos del sur y originan a su costa la fama de remisos para el trabajo. De otra parte, da una línea casi permanente de suave bienestar, exceptuados los meses céntricos del verano. Veamos algunos aspectos dignos de análisis.

Combinando lluvias y temperaturas, Taylor ha establecido una «zona de confort» delimitada por las temperaturas medias de 5 y 20 grados y las lluvias de 35 a 152 milímetros mensuales. Por debajo de esos valores el clima resulta demasiado frío o demasiado seco, y por encima, excesivamente caluroso o húmedo.

El climograma de Sevilla rebasa los límites de la «zona de confort» en cinco meses del año, si bien uno de ellos, mayo, lo hace de modo apenas perceptible. Junio, julio, agosto y septiembre son, a la vez, excesivamente secos y calurosos.

Evidentemente, estas condiciones climatológicas tentaron a Ortega y Gasset para aplicarle a Sevilla «el ideal vegetativo». Sí es indudable que de ellas procede la combinación de aire limpio y de luz a que hemos aludido repetidamente en este discurso. Yo no sabría decir si en Sevilla es el aire vehículo que lleva la luz dentro, o es la luz la que viaja con ráfagas refrescantes en su seno. Lo que sí sé es que Sevilla posee una luz mágica, reflejada con tonos distintos en cada parcela, sonora con diversa música en cada barrio: Hay una luz en las lomas del Aljarafe y una luz en Santa Clara, luz de la plaza Nueva y luz de la Macarena, de las orillas del río, del parque María Luisa. Si me apretáis os diré que la magia de la luz sevillana consigue vestirse ropajes severos en Semana Santa y faldas festivas en la Feria. Sevilla respira no el aire, respira la luz, siempre la misma, siempre mágica, pero distinta según sea agosto o sea Navidad.

A este fundamental elemento estético, que desde luego constituye una de las raíces de la belleza de Sevilla, hoy se le opone la grave amenaza de la polución.

A pesar de las sugerencias optimistas a que invita la valoración tradicional del «aire» sevillano por razones de clima y limpieza de cielo, nuestra ciudad no se ve libre de la gran amenaza que los residuos de la civilización contemporánea vierten sobre las grandes concentraciones urbanas. Como en la mayoría de las ciudades de España, no disponemos todavía en Sevilla de los datos técnicos precisos para una determinación científica de los niveles de polución alcanzados, y de los peligros que plantea para los moradores de la comarca.

Podríamos decir que por este costado le estamos dando palos fuertes a Sevilla. La defectuosa instalación de los núcleos industriales vuelca sobre la ciudad humos nocivos que los elevados porcentajes de vientos encalmados mantienen en alto índice de contaminación, sobre todo en la trama de barrios con estrechez callejera donde apenas circulan corrientes purificadoras de aire. De este modo sucede una paradoja típicamente sevillana, por defecto de planificación: Las industrias, que siendo abundantes habrían de salvarnos, son pocas y van a envenenarnos el aire de los pulmones.

b) *Campo.*

De la inmensa literatura que habría que espigar en torno a la presencia estética del campo en Sevilla, valga como representación simbólica este párrafo de Romero Murube⁴⁹:

«Del campo de Sevilla impera aún en nuestra época, a pesar del cultivo político de los últimos años, una concepción panderetesca: toros, garrochistas, dehesas, gañanes. Este concepto surge y se alimenta del mejor pasto literario a través de todo el siglo XIX, cuando por los visitas de Dumas, Quinet, Borrow y otros, se organiza la gran Andalucía pasional: navajas, toreros, gitanas. No nos oponemos nosotros a un cultivo de la literatura de ocasión, que tanto nos ha beneficiado

49. *Sevilla en los labios*, p. 100.

desde el punto de vista de la propaganda y que tanto nos ha hecho reír desde el punto de vista de los disparates; pero hay algo más que pintoresquismo y sandeces afrancesadas. Ningún campo como el de Sevilla, ninguna ciudad española, ni aun Salamanca con Fray Luis, el Tormes, Meléndez y el dulce olimpo de la corte de Alba, ninguna ciudad como la nuestra logra una referencia literaria para sus campos, más noble y más encumbrada. La antología de poesía clásica española, alusiva al contorno campero de Sevilla y, sobre todo, a las márgenes del Betis en su roce con la ciudad, sería quizás una de las más interesantes colecciones poéticas de la lírica nacional.»

Es evidente que el medio millón actual de habitantes coloca a Sevilla de espaldas al campo: Sólo industrias y servicios pueden responder a esa población con resultados económicos. Quizá valga la pena repasar la descripción que de nuestra «ciudad campera» hizo un articulista de finales de siglo:

«La ciudad —escribía el escritor anónimo—, se encuentra en una extensa llanura que cruza el Guadalquivir, y se halla cubierta de huertas, viñas, cortijos, haciendas, caseríos y dehesas. Abundan los naranjos y toda suerte de árboles frutales. Su campiña es llana y en gran parte arcillosa, con terrenos de excelente calidad, estando destinados a huertas los situados a las márgenes del río, y siendo sus dehesas de monte bajo y seco.

Poco ha hecho el arte para prestar a los alrededores todo el atractivo de que son susceptibles, si bien es preciso confesar que la naturaleza ha hecho tanto que por todas partes tienen puntos de vista encantadores. Huertas, cortijos, haciendas, edificios notables; las tituladas Ventas y los sitios denominados Fuente del Arzobispo, Molino de Guadaira, Dehesa de Tablada e inmediaciones del antiguo convento de San Jerónimo, son el punto de cita para las jiras campestres, cuyo sabor local y riqueza de colorido constituyen los hermosos cuadros de las costumbres andaluzas»⁵⁰.

50. Artículo *Sevilla*, en el *Diccionario Enciclopédico Hispano Americano*, Madrid, 1896.

c) *El caserío.*

1. *Instalación junto al río.*

Llegamos, amigos, a un tema sagrado. Del Guadalquivir cantaba Lope de Vega:

¿Qué Salamanca ni Corte
como aquel famoso río?

Juan Ramón dijo en verso lo que hay detrás de la magia de Sevilla:

Guadalquivir sonoro,
todo, en la eternidad, bogará en una calma
de ilusión y de oro.

Debo renunciar en conciencia a este punto que exige un estudio total por sí mismo: El río representa una cumbre de las razones históricas y estéticas de Sevilla, que por algo «los moros lo llamaron grande, y los cristianos hideputa por las inundaciones que provocaba» (Manolo Barrios). Los lazos de Sevilla con su río son de tipo geográfico, ya que determinó la instalación de la ciudad en su meandro, instalación que sin duda fue un error, nuestro primer error urbanístico.

El Guadalquivir es el eje de la existencia de Sevilla, su secreto, su padre, su benefactor... y su amenaza, pues verificado el asentamiento de Sevilla capital en condiciones erróneas sobre el cauce mismo del río, la hermosa ciudad se ha visto a lo largo de siglos permanentemente amenazada por ese gran amor de su río que periódicamente la inundaba.

Son también lazos de tipo histórico; a él debió la ciudad su época de máximo esplendor: El puerto que servía a España de plataforma hacia las Indias, despegó a Sevilla de su función estrictamente regional elevándola a rango de primera clase entre las grandes ciudades europeas.

En fin, lazos de tipo catastrófico, por la amenaza permanente y la realidad frecuente de las inundaciones. Que le iban a costar al río morir en la guillotina y verse convertido en un embalse, hoy sucio, esperemos que limpio en un mañana cer-

cano. También aquí debemos salvar la memoria de los fundadores de Sevilla; si la ciudad hubiera quedado en el cogollito de personas que ellos constituían, resultaba acertada la instalación del poblado en el cerrete que a cota 12 eligieron⁵¹: el peligro vino cuando creció la pollada de aquellos tartessos y tuvieron que bajar a construir sus chozas en el cauce.

Demuestra la historia que a pesar de muchas exclamaciones ponderativas, los sevillanos vivieron casi siempre de espaldas a su río, es decir, nunca constituyó para ellos lo que llaman los urbanistas un hecho ciudadano. Bien es verdad que en los últimos tiempos el río se hacía prácticamente inaccesible, escoltado drásticamente por el terrible dogal ferroviario en la zona Torneo y por la calzada de circulación furiosa a que ascendió el paseo de Colón. Qué lástima de posibilidades estéticas derrochadas.

Ojalá seamos por una vez realistas en Sevilla. Las cosas están como están, y la recuperación completa del cauce histórico sería hoy soñar con la luna, además de técnicamente demencial. Pidamos, exijamos, dos cosas: Que la Corta de la Cartuja le cree a Sevilla una salida nueva, ciudadana y bella, a su río, con todos los pronunciamientos estéticos; y que el sagrado retazo de cauce llamado histórico embalsado al costado de Triana lo pongan limpio, reluciente, como debe ser embellecido, para que allí contemos a los niños en el atardecer nostálgico qué ocurría en el mundo cuando de aquellos malecones salían las carabelas a abrirle rutas al mar en sus espaldas.

2. Casas y barrios.

El caserío clásico de Sevilla, monumentos aparte, el caserío popular ha sido frágil y hermosísimo. Frágil por los débiles materiales de construcción. Hermosísimo, por la sutil delicadeza con que el pueblo sevillano supo dar a su vivienda, aunque pobre, un toque misterioso de gracia. Cada escritor que ha pisado esta ciudad se ha enamorado de un barrio. Romero

51. A. BLANCO FREJEIRO, *Historia del Urbanismo Sevillano*, Sevilla, 1972.

Murube amaba «Santa Cruz azul y morado: parece sumergido siempre en una lluvia de buganvillas. La Macarena clara, alegre, riente, con alegría de huerta frondosa. Triana de plata con un anillo verde». A mí me subyugó el barrio de San Lorenzo. Delimitado al este por la Alameda de Hércules y amorosamente abrazado a poniente por el río, el barrio de San Lorenzo constituye en torno a la placita de la parroquia un cogollo de historia y de estilo sevillano. Hay aquí callejas estrechas bien trazadas que sólo dejan ver sobre los tejados una tira de azul bruñido, hay portales altivos claveteados con herrajes de oro, hay macetas frescas en los balcones y un oasis inesperado de naranjas y limones acogidos a la verde esbeltez de las palmeras, hay cadencias de campanas de media docena de conventos de monjas de clausura fundado el uno por San Fernando y albergue el otro de los restos de doña María de Portugal, madre de D. Pedro I de Castilla. Hay un aire, hay un ambiente de paz, de nobleza. Las casitas pequeñas de la gente pobre también están blancas, también están limpias, sostienen con dignidad la convivencia de los gentilhombres de apellido campanudo que ocupan los palacios de patio ancho con arcadas de mármol. De los tiempos de la Reconquista y de los años pingües del comercio americano remansaron aquí cientos de familias alcanzada la meta del blasón de prestigiosos cuarteles y apretadas arcas de oro molido. Muchos palacios que ostentan imperturbable su blasón de piedra, sufren en las arcas acongojante penuria.

¿Y qué decir de esos remansos de belleza que son las placitas de la Sevilla popular?

De la plaza Virgen de los Reyes se pasa un estrecho callejón bordeando los altos muros de un convento de clausura. «Santa Marta» es pequeña, una placita sin salidas. Como un retazo de suelo que les sobró a los arquitectos cuando iban trazando las líneas de la ciudad.

Seis naranjos en torno a una cruz de piedra que tiene escrito en el fuste este rótulo invitante: «Una Ave María». La cruz es dechado de sencilla hermosura, apoyada sobre dos gradas, y su pedestal.

La placita queda encajada, entre los muros altos, casi como un patio sevillano.

Parece mentira; a la sombra de la Giralda, al costado del bullicioso centro ciudadano por el que se despeña una riada de turistas variopintos, persiste solitario, recogido, íntimo, este rincón empapado de belleza sutil, de gracia, callada.

Hacedme caso, venid alguna vez a solas a la placita de Santa Marta, que no quedan muchos huecos en el mundo para respirar la dicha.

Ningún artificio sostiene su linda armonía; quién lo dijera, un pequeño trapezio mal trazado, seis naranjos y una cruz, nada más, no tiene nada; sólo el aire y la luz templada. Quién lo dijera, este retacito de aire sevillano hay que inscribirlo en los catálogos ilustres; vale tanto como la solemne mayor de Salamanca o la pulida de San Marcos de Venecia. Pero es más humana, más bonita. Quizá el remanso que le hacen al corazón las costillas en el pecho del hombre se parezca a la placita de Santa Marta. Quizá sea que aquí le late a Sevilla el corazón.

Las manos vigilantes de un sevillano fiel han colocado en la casa que fue del albañil una lápida que dice murieron aquí dos eclesiásticos ilustres: Vázquez de Leca y Torres Padilla.

Si la historia y la hermosura tienen derechos adquiridos en alguna ciudad del mundo, esa ciudad se llama Sevilla. Pues yo pido en nombre de la historia y de la belleza al Ayuntamiento, que se gaste unos miles de duros en comprarle al chamarilero ese hueco destinado a tienda de antigüedades en Santa Marta. Y que la placita quede toda sólo para el aire, con la luz templada. Aquí le late el corazón a Sevilla. Seis naranjos en torno a una cruz de piedra...

De acuerdo, ya sabemos todos qué le ha ocurrido al caserío sevillano. A la hora de la renovación, los bárbaros del dinero, de la especulación galopante, lo hemos arrasado sin misericordia. Y a la hora de la ampliación, hemos dejado crecer una ciudad caótica, sin planes, sin clase, sin gracia, sin perdón...

3. Monumentos.

El patrimonio monumental de Sevilla comprende escasísimos restos de las civilizaciones antiguas, algunos testimonios de arte romano, prácticamente nulos de la época visigoda, y luego una gran riqueza árabe, mudéjar, gótica, renacentista, barroca; hasta llegar a la burguesía que desde finales del siglo XVIII a finales del XIX construyó calles enteras de viviendas unifamiliares consideradas luego el módulo arquitectónico de la casa de patio sevillana: Construcciones bellas, patio de columnas, zaguán con zócalo de azulejos y balconajes del tipo «cierro de cristales».

Naturalmente, ningún filisteo especulador va a atreverse a tocar los monumentos históricos de Sevilla (que ya se atrevieron, y vaya si se atrevieron, desde la Desamortización hasta los años de 1950, con resultados que permiten hablar de «la destrucción de la fisonomía clásica de Sevilla»). Pero esas casas de patio sevillanas sí han fenecido, fenecen ahora mismo, o están en vías de fenecer, sacrificadas a la necesidad de viviendas funcionales que no requieran servicio, y a la especulación implacable que levanta un bloque de veinte pisos donde habitó antes una sola familia.

Con la entrada del siglo XX, Sevilla experimenta un nuevo florecimiento arquitectónico que llena las tres primeras décadas del siglo: Aníbal González construye los monumentales edificios de la Exposición Iberoamericana que componen la plaza de España y la plaza de América. Entramos así en un apartado nuevo.

4. *¿Estilo «sevillano»? Aníbal González y la arquitectura del Modernismo*

Necesitamos urgentemente una polémica en Sevilla, una polémica que será interesante, docta y provechosa. Yo la brindo desde esta tribuna a nuestros colegas de la Real Academia de Bellas Artes, a cuyo ámbito pertenece plenamente el asunto. Quizá de la polémica no obtengamos frutos clarificados por completo. Pero sí es seguro que en ella barajaremos datos

imprescindibles para la valoración estética de Sevilla y su ordenación futura.

Me refiero al «estilo sevillano», que es urgente esclarecer. Los datos base para la polémica están dispuestos en las publicaciones recientes de dos arquitectos, Alberto Villar y Víctor Pérez Escolano⁵². En 1928 don Alejandro Guichot publicó un trabajo titulado «Desde Diego Riaño hasta Aníbal González. Constitución de Escuela del Estilo Arquitectónico Sevillano». Guichot considera que hubo un primer florecimiento arquitectónico de la ciudad «desde fines del siglo XV» hasta el XVII. El «segundo florecimiento» arrancararía de los últimos años del XIX y se apoyaría en los proyectos de la Exposición Iberoamericana: Para Guichot el estilo arquitectónico sevillano surge del encuentro de unos elementos estilísticos históricos y unos elementos constructivos originales, siendo para él clave las bases mudéjar y clasicista.

Los antecedentes y los consiguientes de la posición de Guichot están urgiendo esa polémica que deseo: Desde los comienzos del Modernismo en el nacimiento de nuestro siglo, hasta nuestros días, ¿qué significa «estilo sevillano»? ¿Qué aportaciones consideramos válidas? ¿Cuál es la frontera entre los aciertos y el *pastiche*? ¿Qué criterios históricos y artísticos deben filtrar las realizaciones de un pretendido estilo sevillano?

5. *El núcleo histórico.*

Resultaría muy sencillo fijar sobre el plano, al margen de las decisiones administrativas, un perímetro que incluya el núcleo histórico de Sevilla. Lo que no parece tan sencillo es razonar por qué no tomamos decisiones tajantes para su conservación y defensa.

Además de que se aplique a este núcleo la legislación prevista en punto a alteraciones arquitectónicas, estoy pensando en el gran enemigo actual de la belleza, al que debiéramos acusar y condenar como responsable principal de la degra-

52. ALBERTO VILLAR MOVELLÁN, *Arquitectura del Modernismo en Sevilla*, Sevilla, 1973; VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO, *Aníbal González*, Sevilla, 1973.

dación estética de las ciudades: El tráfico, con su ruido, con sus humos, con su alboroto, sus atascos, su insulto permanente.

¡Y pensar que Sevilla, cuando los más avispadados urbanistas del mundo no habían hallado el descubrimiento base, cuando ni siquiera habían nacido esos urbanistas, tenía inventada la calle Sierpes como «isla para peatones»!

De todo el mundo acuden teóricos a Bolonia para estudiar sobre el terreno los planos de protección del centro histórico felizmente ensayado en la ciudad italiana. Yo he sentido muchas veces rabia pensando en nuestros imperdonables descuidos de Sevilla.

Bien está que se concilien de algún modo las exigencias económicas y que se evite estrangular la circulación. Pero en el mundo avanza implacablemente la idea de extender las islas de peatones, y Sevilla sigue al margen de soluciones urgentes.

José María Izquierdo habló de la musicalidad de Sevilla, «del ritmo y armonía de su soberano silencio». En 1905 Azorín visitante llamó las nuestras «calles sonoras». Aquí le quisiera yo, enloquecido por soportar el escape suelto a chorro de las motos plebeyas y el ruido ensordecedor del tráfico aplastante.

Yo recuerdo una experiencia personal de la víspera del último Corpus Christi. Vivo en una casa que da de fachada al paseo de Colón y de trasero a la más pacífica zona del Arenal. A mediodía pude oír en las ventanas del Arenal el jubiloso voltear de las campanas anunciando fiesta desde su mirador de la Giralda. Cambié de habitación por escuchar su son hacia el río... Ni una hebra de los sonidos de plata podía oírse entre la infernal algarabía de los motores de camión, de turismos, de moto, y hasta de bicicleta... porque da uno en pensar que también las bicicletas hacen ya ruido.

Aunque desgraciadamente las iniciativas llegan demasiado tarde para evitar el desastre artístico que hemos llamado «destrucción» de Sevilla, parece inaplazable la formulación de un plan que proteja el núcleo histórico de la ciudad dotándolo de las calidades propias de zona monumental y turística, que en Sevilla tienen, además, la ventaja de estar llenas de

vida. En este sentido juzgamos inevitable y urgente que se amplíe mucho la zona exclusivamente peatonal a costa de sacrificar el tráfico rodado, aprovechando las múltiples experiencias que otras ciudades del mundo desarrollan en nuestra época.

6. *Las situaciones festeras.*

Hay dos elementos estéticos de los que Sevilla puede sentirse especialmente orgullosa, porque desde el calendario influyen con fuerza en el ritmo vital de la ciudad: la Semana Santa y la Feria.

De acuerdo, la Semana Santa de Sevilla es un espectáculo abrumador. Vale la pena venir de lejos para contemplarla. Es inútil contar de palabra o por escrito a quienes nunca vinieron, lo que en Sevilla ocurre desde el Domingo de Ramos al Domingo de Resurrección: Les aturdimos con un torrente de imágenes que ni pálidamente reflejan la magia de aquellos días santos. Ya sé, y no voy a escamotearlo, que en la Sevilla de Semana Santa pueden hallar comprobantes los viajeros que oyeron hablar de bullicio callejero y hasta de impertinencias de borrachos: A nadie se le oculta que es imposible evitar los excesos y las deformaciones en una gran ciudad que vive ocho días con sus noches en la calle, plantadas las tiendas de su devoción religiosa como los judíos las plantaban en Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos. Tan lejos estoy de disimular estas lacras que yo mismo he apartado de la ruta del sur algunos extranjeros que veía pasar por Madrid con las alforjas llenas de topicazos andaluces: Vaya usted a Zamora, a Valladolid —dije a un periodista francés amigo mío que venía pluma en ristre; y me ponían ya carne de gallina los titulares de su periódico cuando regresara a París—, es mejor que primero vea facetas más opacas de la piedad del pueblo español, otro año bajará usted a la gran parada de Sevilla. Fue inútil. Vivía aún el cardenal Segura, objeto permanente de desconcierto en las redacciones de los diarios extranjeros. Mi amigo no estaba dispuesto a desaprovechar ninguno de los

clichés que traía preparados: «No, me voy a Sevilla, quiero la Semana Santa con castañuelas y cardenal Segura».

Concedidos los defectos inevitables de una manifestación de esta índole, digo sin medias tintas que, a mi juicio, la Semana Santa sevillana constituye uno de los conjuntos populares religiosos más impresionantes del mundo. Al menos yo, viajero impenitente, no he visto otro de tan finas calidades. Los turistas admiran la profusión de cofradías, la variedad de túnicas, la palidez angustiosa de los Cristos de sayal oscuro y el dolor helado en la cara bellísima de las Vírgenes, los bosques de cirios encendidos que se balancean bajo el noble palio, las actitudes penitentes, el rasgón implorante de las saetas... Con un poco de suerte y si encuentran quien les lleve de la mano, los turistas huyen de la carrera oficial y espían la llegada de los pasos en las esquinas de callejas silenciosas, donde el sentido penitencial de las cofradías es más auténtico, a solas con Jesús entristecido. Pero los turistas desconocen qué labor de amorosa orfebrería, con tenacidad de siglos y respeto fiel de tradiciones, hay en las puntadas del celestial tapiz que Sevilla despliega cada Semana Santa: los varales de plata repujada, las jarras y los candeleros, la cera, los mantos, la corona, las joyas, el balanceo de los costaleros, los mandos del capataz, claveles rojos, claveles blancos, el color cuidadosamente repartido, la luz medida, todo, todo sujeto a normas que se respetan a rajatabla, inapelables. Y por debajo de esa artesanía material, que exige trabajo no de una semana, sino de todo el año, la vinculación de individuos y familias al estilo espiritual que cada hermandad representa. Este matiz es uno de tantos misterios de Sevilla que sólo se perciben a fuerza de habitar largamente en esta tierra. El viajero puede creer que los entusiasmos de un barrio por un Cristo o por una Virgen están elaborados con una dosis pasajera de devoción y otra dosis de superstición innata. El viajero ignora que, en el alma de los sevillanos, la compasión con Cristo dolorido y el amor a la Virgen Señora constituyen un depósito cuidadosamente custodiado y cultivado a lo largo de toda la existencia; ignora que las primeras lágrimas le brotaron al niño cuando, sujeto entre los brazos de su madre, veía pasar bajo el balcón de su casa

regueros de hombres morados que escoltaban un Jesús camino del Calvario; ignora que las últimas serán lágrimas de agónía dejadas caer en la estampa del Señor de Pasión para entregarle confiadamente la vida que se acaba. La adscripción de las familias sevillanas a las hermandades ofrece una plataforma de influencia religiosa muy profunda sobre todos los sectores de la ciudad, abre un camino cordial para la respuesta positiva a las exigencias morales. En el portal de las iglesias de Sevilla se ven a lo largo del año los pasquines de estilo barroco que convocan a los hermanos de cada cofradía para que participen en la novena, el quinario, el triduo, los ejercicios espirituales, los cultos de desagravio, la confesión y comunión organizadas por la junta de la hermandad. Cuando veo un pasquín nuevo, me paro siempre a saborear los maravillosos, increíbles títulos de las cofradías sevillanas: «Pontificia, Real e Ilustre Hermandad Sacramental y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Silencio en el Desprecio de Herodes y María Santísima de la Amargura Coronada». Los nombres de las imágenes poseen resonancia bíblica y fervorosa: Santísimo Cristo de la Humildad y Paciencia, del Buen Fin, Nuestro Padre Jesús de las Penas, Quinta Angustia de Nuestra Señora, María Santísima de Gracia y Esperanza, de la Luz, de la Estrella, de las Tristezas, de Gracia y Amparo, Nuestra Señora de la Palma, Nuestra Señora en sus Lágrimas. Cada hermandad tiene asiento jurídico en el templo que guarda sus imágenes y cuenta con la orientación de un sacerdote consiliario. El párroco y el consiliario cuidan de promover no sólo el culto de las hermandades, sino también su actuación caritativa y apostólica.

* * *

Y la Feria... Dejemos también la Feria, que a fin de cuenta no soy técnico en festejos. Pero viajero y periodista curioso sí que soy. Pues yo puedo aseguraros que no he hallado una fiesta popular que siendo verdadera como lo es la Feria sevillana, sea tan pinturera, tan bonita.

B) *Elementos humanos*

Es hora de terminar, pero la investigación de los elementos estéticos de Sevilla quedaría incompleta si no aludiéramos a los aspectos derivados del comportamiento del grupo humano que puebla la ciudad. Julián Marías⁵³ y Pedro Laín⁵⁴ han dedicado a este punto algunas reflexiones que podrían servirnos de pauta en el empeño de dilucidar algunos aspectos peculiares del sevillano como individuo y como integrante de la comunidad local. Miradas las cosas con frialdad piensa uno cuán relativo resulta el reparto de cualidades temperamentales entre las regiones de un país e incluso entre los países de un continente. Pero aparte del fundamento psicológico en que se apoye la investigación caracterológica, el aplicarla a Sevilla proporciona múltiples satisfacciones, tanto por la alegría de anécdotas como por el peso humano de los tipos representativos⁵⁵.

Me atrevería a destacar como elementos propios del grupo humano que los sevillanos representan, ciertos valores espirituales, estéticos y amistosos. Como señal de devoción a una figura especialmente querida para mí, dejadme anotar una rápida alusión a las resonancias del talante estético de Sevilla en el estilo epiritual de sor Angela de la Cruz.

La primera nota sevillana que ejerce enorme influencia en sor Angela es la fuerte carga de lirismo. Maravilla a los viajeros europeos del siglo XIX que en Sevilla no sólo las familias distinguidas, sino también las gentes sencillas del pueblo, sean capaces de obtener, con simples materiales, contrastes de gracia soberana. La muchacha zapatera que fue Angelita no gozó de ninguna oportunidad de estudios que cultivaran su sensibilidad; sin embargo, vivía de tal modo inmersa en el clima estético de su ciudad, que imprimió, como por exigencia natural, un ambiente de limpieza, de saludable alegría, de contenida

53. JULIÁN MARIAS, *Nuestra Andalucía*, Madrid, 1966.

54. PEDRO LAÍN ENTRALGO, *A qué llamamos España*, Madrid, 1971.

55. A extremos casi esperpénticos lleva esta visión pintoresca de Sevilla R. SENDER en su célebre novela *La tesis de Nancy*. En cambio, un contraste áspero exponiendo aspectos menos felices del carácter andaluz en general y sevillano en particular da en sus libros Blanco White.

belleza, al programa espiritual de sus hijas y a la misma configuración de sus conventos. Pasman los resultados que las Hermanas de la Cruz son capaces de obtener a base de cal, una aljofifa, dos esterillas y cinco macetas. Sor Angela y sus monjas le brotan al pueblo sevillano como una dulce aparición, igual que brotan flores en un arriate. A pesar del tenor heroico de sus renunciadas, de su pobreza, de su entrega al servicio de los menesterosos, las Hermanas de sor Angela no adoptan aires grandilocuentes; son mujeres sencillas, verdaderamente populares; lejanas de cualquier «colosalismo», impregnan el ambiente de dulzura, provocan una sonrisa cariñosa.

Quizá el secreto de esta armónica sencillez tan apreciada en Sevilla resida en rematar bien las cosas, en cuidar los detalles. Destaca Marías «esa espontánea pretensión de quedar bien que tiene el andaluz, ese gesto con que se apoya en un quicio o en una esquina», espectadores atentos de lo que ocurre: «los andaluces se sienten implicados en aquello que allí se representa... mientras viven se están mirando vivir con el rabillo del ojo y manifiesta complacencia». Sevilla agradece esta manera rotunda con que sor Angela ha puesto a sus Hermanas a querer a Dios y querer a los pobres. Cuando se hacen las cosas, háganse bien. Sevilla acompaña, espía, «con el rabillo del ojo» y, desde luego, manifestamente complacida los soberanos ejemplos de amor de Dios que le da sor Angela. Sor Angela aprendió, a su vez, en Sevilla, influida por Sevilla, que debía proceder con exigente perfección para no decepcionar ni a Dios... ni a los sevillanos.

La pretensión de quedar bien obliga a los sevillanos a sentirse permanentemente acompañados, vigilados por su propia gente, lo cual crea un clima de escenario, como si la existencia implicara alguna dosis irremediable de teatralidad. No piensen en un teatro comercial con separación de actores y público; imaginen más bien una representación total en la cual participen todos, ejerciendo los unos papel concreto y oficiando al menos de coro los demás. Sólo así me parece acertada la interpretación del increíble fenómeno de la semana santa sevillana, cuyas hermandades extienden sus raíces por la geografía ciudadana implicando casi al ciento por ciento de la po-

blación. La mejor catequesis de la pasión de Cristo se monta en Sevilla plantando los sucesos en la calle y permitiendo que durante siete días la gente participe de lo que narran las crónicas.

Sor Angela delata la influencia de la teatralidad sevillana. Tendríamos que decir una de dos cosas: o que poseyó ella una sagacidad psicológica impresionante para establecer en el estilo de sus Hermanas un lote de incitaciones que conectarán prodigiosamente con los latidos de Sevilla, o que ella misma fue aconsejada por la sabiduría popular. La primera alternativa no ocurrió, pues a sor Angela le faltaron bases de instrucción. Sucedió lo segundo, con eficaz resultado. Al trazar una fisonomía religiosa para sí y para sus monjas, sor Angela echa mano de los elementos que su contorno le ofrece. Las ropas de sus Hermanas, el uso de cal y de flores, la disposición de comedor y dormitorios, el ritual de las tomas de hábito, las reglas de silencio y abstinencia, las prácticas de mortificación, todo indica un montaje teatral en el mejor sentido del vocablo, es decir, como lección de cosas cristianas, y una catequesis permanente que impresiona, produce inevitablemente un choque, interesa, retiene. De algún modo podríamos afirmar, buscando analogías profundas, que las Hermanas de la Cruz representan para Sevilla una porción permanente de la semana santa, una cofradía que «sale» en estación los días todos del año, un «paso» que no se desmonta.

Lo cual significa «exagerar», llevar hasta límites insospechados la decisión tomada. Y ésta sí que es una de las íntimas y auténticas notas de la psicología sevillana: la exageración en ejercicios de amor y sacrificio. La exageración religiosa de Sevilla —donde «exagera» el sol del estío, el azul del cielo, la fragancia del azahar, la simpatía de la gente, el dolor del cante, las hambres del pueblo, todo exagera— se llama sor Angela. Sevilla mira y silenciosamente aprueba las actitudes de esta monja suya que lleva al extremo, a las últimas consecuencias, su entrega a Jesucristo y a los necesitados. Sevilla le quiere mucho, es suya hasta los tuétanos, la llama «Madre Angelita»; pero conoce perfectamente su nombre oficial, su tarjeta de identidad: sor Angela de la Cruz. La cruz representa la máxi-

ma exageración del amor y del sacrificio. Sor Angela se instala en la cruz. Fieles a una mortificación rigurosa, sujetas a una disciplina «exagerada», las Hermanas de sor Angela se acercan a la cama donde sufren los desheredados para llevarles la mejor caricia de bondad, los consuelos que se regalan sin cobrar, porque sí, porque Dios nos quiere. Sor Angela pone, junto al mayor dolor, el amor mayor. Busca las mujeres más capaces de amar y las acerca a los seres más desamparados.

V. EL FUTURO ESTETICO DE SEVILLA

Yo sabía de antemano que este discurso estaba condenado al fracaso. Investigar las raíces estéticas de Sevilla equivale a meter la mano en el aire de un atardecer con la pretensión de apresar en el puño los tonos cárdenos de la puesta del sol. No es posible. Me pareció, sin embargo, que ahora, cuando los quebrantos de nuestra ciudad nos acongojan, y hasta nos desconciertan, sería provechoso tomarle un poco las medidas de su alta estatura de belleza.

No puedo decirsi si vamos a ser capaces de salvarle a Sevilla su hermosura de cara al futuro. Quizá perdamos la partida, y el perfume amado se nos evapore entre las urgencias de esta nueva existencia que tantos legados familiares quema sin respeto.

Ha sido grave que la ciudad levantara la vigilancia en los años de feroz crecimiento, cuando más precisa era la inteligencia de sus rectores y la fantasía de sus arquitectos para conseguir un aliento poético digno de los tiempos pasados. Hemos perdido ya muchas batallas, hemos perdido muchos cielos.

Pero quizá sea el momento de preguntarnos hacia qué meta impulsar ahora nuestros afanes. Mudar Sevilla en una ciudad moderna al estilo de New York o Chicago sería pretensión ridícula. La tragedia que nos amenaza consiste en destrozarnos lo nuestro sin alcanzar lo ajeno.

La estética no podemos desligarla de la ética. Aunque fuera realizable, que no lo es, sería criminal defender los contenidos estéticos de la ciudad a costa de impedir el acceso de las clases populares a niveles superiores de vida. Me pregunto cómo fallarían los sevillanos actuales en el fervor, la imaginación

y la constancia que los antepasados aplicaron al descubrimiento y configuración de una de las formas más selectas de existencia en el planeta. Debemos proporcionar a Sevilla el soporte económico que responda al crecimiento de su población, con los elementos de vivienda, cultura y empleo satisfactorios. Al mismo tiempo y con idéntico empeño hay que defender tenaz e inteligentemente su herencia poética, el perfume que le dio personalidad y distinción. Los sevillanos de dentro de cincuenta años, ¿pasearán por las calles de una ciudad hermosa?

Ojalá.

Sevillanos, amigos, superad el desánimo, venced vuestro escepticismo. El biólogo Jean Rostand recomendaba a sus discípulos:

—Cuando te sientas abatido, contempla una rosa.

Yo sabía de antemano que mi discurso está condenado al fracaso, quién podrá apresar en su puño un perfume, el perfume de Sevilla... Pero llevamos casi una hora contemplando una rosa.